



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN

EXORCISMOS EN EL SIGLO XXI,
¿MITO O REALIDAD?

REPORTAJE

QUE PARA OBTENER EL GRADO
DE LICENCIADO
EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
PRESENTA:

ROBERTO DEMIAN ALCÁNTARA FLORES

ASESORA: LIC. KARLA SELENE FUENTES ZÁRATE

ESTADO DE MÉXICO, 2007





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Presentación	3
I. Satanás omnipresente	
El ángel caído	5
Dos mil años de terror	10
El que divide en la Iglesia	16
II. En el nombre de Satanás	
Las huestes de la oscuridad	22
Toma mi alma a cambio de... ..	31
Las legiones demoniacas	38
III. En el nombre de Dios	
La pastoral de liberación	47
Cuando la ciencia no responde	56
¡Sal de este cuerpo que no te pertenece!	69
IV. Los exorcistas	
Un oficio desatendido	79
El campo de batalla	89
Las armas sagradas	97
A manera de conclusión	104
Fuentes de consulta	108

Presentación

Más de dos mil años no han sido suficientes para sepultar la práctica de los exorcismos, misma que no se resigna a morir y aún respira pese a los implacables embates de reacios grupos modernistas al interior de la Iglesia católica y de los sectores antirreligiosos más recalcitrantes.

Durante los últimos siglos, esta controvertida y escabrosa labor de expulsar demonios había sido silenciada resueltamente por parte de las autoridades eclesiásticas, pero recobró fuerza tras la publicación, en 1999, de un nuevo *Ritual de Exorcismos* que sustituyó al antiquísimo *Manuale Exorcismorum* aprobado en 1614 por el Sumo Pontífice Pablo V.

Dos rituales con el mismo sentido de sanación espiritual, aunque surgidos en disímiles situaciones históricas: mientras el primero, mejor conocido como el *Gran Exorcismo* del siglo XVII, fue utilizado sin reserva en una de las épocas más sombrías de la historia de la Iglesia católica, su heredero del siglo XX, publicado con la venia del Papa Juan Pablo II, vio la luz en medio de voraces críticas dentro y fuera de la institución y de importantes contrapesos científicos, así como de avances en materia de exégesis bíblica.

A casi 10 años de la publicación del nuevo ritual, los exorcismos continúan generando desacuerdos en todas las comunidades católicas del mundo, donde a menudo divergen los teólogos, debaten los filósofos, polemizan los demonólogos y discrepan los biblistas, para quienes el magisterio de la Iglesia católica se antoja insuficiente y en ocasiones ambiguo respecto de esta práctica milenaria y de su principal protagonista: Satanás.

Situación análoga se observa en las gigantescas esferas del laicado, donde millones de católicos se han convertido en víctimas de la confusión y el desconcierto a causa de la falta de precisión en la enseñanza de estos temas,

que no pocas veces los lleva a asumir pensamientos y posturas contrarias a la fe católica.

Es en este contexto en el que se busca presentar una investigación periodística en torno de los exorcismos en la Iglesia católica, de manera particular en la ciudad de México, donde un puñado de sacerdotes han sido consagrados a este ministerio de liberación para advertir sobre posibles “tropiezos espirituales” y atender las “almas laceradas” de miles de fieles que aún ignoran la vigencia y el uso ordinario de esta espinosa diligencia.

El siguiente trabajo, presentado a manera de reportaje, se sirve, como guía para su curso, de la doctrina tradicional de la Iglesia y de la opinión calificada de las más reconocidas autoridades en la materia (sacerdotes, sociólogos, psiquiatras y periodistas) con la máxima de que la comunidad católica en nuestro país, que representa el 80 por ciento de la población, conozca a detalle en qué consiste el discutido uso de los exorcismos y el contexto en el que se realizan, pero, sobre todo, que cada lector juzgue por sí mismo el grado de ficción o veracidad que esconde la añeja y peliaguda faena de expulsar espíritus malignos del cuerpo humano.

Satanás omnipresente

Detrás de las persecuciones, en el fondo de las herejías, en medio de los aquelarres, al interior de los conventos, en el desarrollo de los cismas, en la crudeza de las guerras, en la autoría de las catástrofes y en el fondo de la apostasía... ahí está él. Es Satanás, el ángel rebelde que al comienzo de los tiempos decidió rechazar a su creador y poseer a toda costa las prerrogativas divinas, lo que derivó en su definitiva condenación al abismo para dar inicio a una historia que aún no llega a su desenlace y en la que tres son los únicos protagonistas: Dios, Satanás y el hombre.

El ángel caído

A principios del siglo XX vio la luz una de las más ruidosas manifestaciones de la vida literaria italiana: *El Diablo*, obra del escritor y pensador florentino, Giovanni Papini, cuyo objetivo fue responder a una personal inquietud espiritual.

Papini había sido un implacable anticlerical lleno de un demoledor escepticismo al principio de su vida literaria, pero se había convertido al cristianismo, y él mismo calificaba su obra como ‘el primer libro escrito sobre el Diablo por un cristiano, conforme al más profundo sentido del cristianismo’.

Con enorme sencillez y originalidad, el converso escritor sintetizaba así uno de los principios católicos más controvertidos:

“Como toda tragedia, la de Satanás también consta de cinco actos. *Acto primero*: Satanás se rebela contra su Creador; *acto segundo*: Satanás es confinado y sepultado en el abismo; *acto tercero*: Satanás, para vengarse, seduce al hombre y se adueña de él; *acto cuarto*: Dios se hace hombre,

vence a Satanás y proporciona a la humanidad las armas para derrotarlo, y *acto quinto*: en la consumación de los tiempos, Satanás intenta su revancha y su desquite por medio del Anticristo”.

“Para la doctrina católica –explica el sacerdote biblista Salvador Martínez Ávila– Satanás fue un ángel creado por Dios, con una naturaleza buena, pero en ejercicio de su propia libertad, de ángel de la luz se convirtió en ángel de las tinieblas. Su falta, como la de muchos otros ángeles, consistió en rechazar de manera radical servir a su creador y en querer poseer las prerrogativas divinas, lo que derivó en su expulsión del paraíso y en su definitiva condenación al abismo”.

“En venganza –agrega– Satanás decidió asociar al hombre en su rebelión contra Dios, seduciéndolo para hacerlo caer en el pecado que lo lleva a la muerte eterna”.

Pero su poder no es infinito –aclara el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC)– ya que no es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura. Y advierte: “Satanás no puede impedir la edificación del reino de Dios, pues aunque actúe en el mundo por odio contra su creador y aunque su acción cause graves daños en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por Dios...”.

La Iglesia coincide con Papini en el sentido de que el cristianismo presencia actualmente el *cuarto acto*: Jesús, el hijo de Dios, se encarnó, venció a Satanás al resucitar de entre los muertos y dotó a los hombres de las armas para derrotarlo; sin embargo, el escritor italiano va más allá y anuncia que está por cerrarse el telón para dar inicio al *quinto y último acto*: la aparición en escena del Anticristo.

“La enseñanza de la Iglesia católica sobre el Diablo –explica Martínez Ávila, rector del Seminario Conciliar de México– está fundamentada en la Biblia y en la tradición. Ambas se refieren a él como un ser personal que

quiere arrastrar al hombre a su perdición y que lleva un combate en el mundo contra el reino de Dios para hacer triunfar su propio reino”.

El primer pasaje en que, dentro del Antiguo Testamento (AT), se hace referencia a Satanás, se halla en el libro del profeta Zacarías, cuyo contexto se da en el siglo VI a. C. cuando los israelitas regresaban del destierro en Babilonia para encontrar una Jerusalén destruida.

“El libro de Zacarías nos muestra claramente la faceta de Satanás como adversario de los hombres –añade Martínez Ávila–. En una visión, el profeta contempla al Diablo como acusador de Josué frente a Dios, por la culpa que éste último tiene ante sí probablemente por razones personales o de su ministerio. La Biblia refiere que Josué fue el hombre de confianza de Moisés, de quien recibió la misión de encabezar al pueblo de Israel hacia la tierra prometida”.

Un segundo texto que hace referencia a Satanás en el AT es el libro de *Crónicas*, escrito en siglo IV a. C., donde se le muestra como un ser dotado de una potencia sobrehumana. Algunos teólogos consideran que este libro, en particular, da a Satanás un poder incluso igual al de Dios porque consigue insuflar en el espíritu del rey David su inspiración maléfica, forzándole a hacer un censo e ir con ello en contra de la voluntad de su Señor. “En *Crónicas* –subraya Papini– Satanás muestra un poder casi divino porque no solamente se levanta contra el pueblo de Dios, sino que logra dominar la voluntad del pío David, siervo fiel al que Dios había elegido como soberano”.

Sin embargo, existe una referencia veterotestamentaria (del Antiguo Testamento) más interesante. Se trata, quizás, de uno de los relatos más desconcertantes de la Sagradas Escritura: Job.

En este libro, cuyo origen se remonta al siglo V o IV a. C., Satanás aparece como causante de los numerosos males que afectan a Job, “un piadoso

patriarca del país de Hus, recto y honrado”, cuya fidelidad a su Creador es sometida a despiadadas pruebas.

Explica el padre Martínez: “Este texto suele crear confusión entre los cristianos porque nadie concibe a Dios haciendo un trato con Satanás; sin embargo, no es un texto histórico, sino didáctico, pero fundamental para comprender el enigma de por qué tantas veces padecen el mal los inocentes, pero también nos permite confirmar la naturaleza angélica de Satanás, su facultad para infligir males a los hombres y, sobre todo, el poder de Dios que lo limita”.

Comparada con la del Antiguo Testamento, la concepción neotestamentaria de la figura diabólica es mucho más abundante. En el Nuevo Testamento (NT) el Diablo es el gran enemigo a vencer. Según los evangelios, es quien roba la palabra que Dios siembra en los hombres para evitar que dé fruto; es quien provoca las enfermedades humanas y quien se apropia de la voluntad de las personas para realizar acciones perversas.

En el Nuevo Testamento, Satanás, como espíritu opositor al plan divino, cobra más fuerza, pues la victoria del hombre sobre el Maligno es el fin mismo de la misión de Jesucristo, afirma el padre Salvador Martínez, y agrega: “la Biblia es muy clara al señalar que Jesús ha venido para reducir a la impotencia al que tenía el imperio de la muerte, el Diablo, para destruir sus obras y para sustituir el reino de Satanás por el de su Padre”.

Martínez Ávila precisa que los cuatro evangelistas presentan la vida pública de Jesús como un combate contra Satanás. La lucha comienza con el episodio de la tentación en el que, por primera vez desde la escena del paraíso, un hombre, Jesús, representante de la humanidad, se halla cara a cara con el Diablo. Esta lucha se afirma en las liberaciones de personas poseídas por el Diablo (posesos), en el enfrentamiento que lleva Cristo

contra los judíos incrédulos ‘hijos del Diablo’ y alcanza su máximo punto a la hora de su Pasión, es decir, antes de morir y resucitar.

“Jesús mismo fue tentado por el Diablo. Los evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto, donde permanece sin comer durante 40 días. Al final de este tiempo –agrega el sacerdote– Satanás intenta poner a prueba su actitud filial hacia Dios en tres aspectos: sobre la confianza en la Providencia, sobre el respeto y la prudencia, y sobre el señorío único de Dios”.

El *Apocalipsis*, por su parte, ofrece a los cristianos una especie de síntesis de la enseñanza bíblica sobre Satanás, el adversario, contra el que, desde los orígenes hasta el término de la historia de la salvación, debe combatir la humanidad.

Satanás –según San Juan, autor de este libro– es impotente ante la Virgen María y ante Jesucristo, y el aparente triunfo que le procuran las ilusiones del Anticristo, acabará con la victoria de Cristo y de su Iglesia. “Entonces, Satán será arrojado, junto con todos los hombres que hayan sucumbido a sus ardides, en el estanque de azufre ardiente, que es la muerte”.

“La aparición del Anticristo –explica el padre Sergio Román del Real, especialista en Religiosidad Popular– forma parte del conjunto de señales que precederán a la segunda venida de Jesucristo. Estas señales son: la proclamación del Evangelio por todo el mundo, la conversión de los judíos, la pérdida de la fe, el Anticristo y las grandes calamidades”.

“Este personaje –advierde el sacerdote– será alguien que se opondrá a Cristo con gran poder, de tal suerte que quitará la vida a quienes no lo adoren como a un Dios, aunque al final será vencido. “San Juan el evangelista aplica este nombre a todo aquel que se opone a Cristo y, en ese sentido, nos dice que ya está entre nosotros”.

Dos mil años de terror

A lo largo de los siglos, su figura misteriosa y repulsiva se ha hecho presente en la vida de los pueblos. Su “luz” resplandece en la medida en que la oscuridad y las calamidades se ciernen sobre los hombres.

La figura de Satanás camina de la mano del cristianismo. Las primeras comunidades fueron advertidas de su capacidad malévolas por la transmisión verbal y escrita de los primeros apóstoles o pastores de la Iglesia católica.

En el siglo V –refiere el sacerdote Mario Ángel Flores, especialista en Patrología (ciencia que estudia la doctrina de los Padres de la Iglesia)–, San Agustín reforzó la idea del ángel caído al señalar que en el comienzo de los tiempos se dio una lucha en el Cielo, donde las primeras criaturas de Dios, los ángeles, se declararon fieles o infieles a su Señor. Y agrega: “Fue también el Obispo de Hipona (Argelia) quien se refirió a Satanás como un puro espíritu, un espíritu completo que existe como tal y que es superior al alma humana”.

Anteriormente, en el siglo II, San Ireneo había hecho referencia a la deslealtad del Demonio hacia Dios. Como consecuencia de la envidia por la creación del hombre, Satanás buscó entonces encauzar a los demás ángeles hacia la rebelión. Tertuliano y San Gregorio de Nisa profundizarían posteriormente en esta idea.

“San Juan Crisóstomo y San Gregorio Nacianceno, padres de la Iglesia en el siglo IV, también hicieron grandes aportaciones a la doctrina cristiana al tratar el tema de la naturaleza buena de Satanás como criatura, y de su caída al abismo como un acto libre de su propia voluntad”, opina Mario Ángel Flores.

No obstante, estas enseñanzas de los Padres de Iglesia sobre el Demonio no encontraron eco en la conciencia de su tiempo –explica el sacerdote del Opus Dei, Armando Ruiz Castellanos, director de Arte Sacro de la Arquidiócesis de México–, lo cual se puede observar en “el arte cristiano, que sólo representaba cuestiones simbólicas relacionadas con la redención en un contexto salvador de Cristo y no en un contexto negativo”.

Fue en cambio el concepto del infierno lo que provocó el primer impacto en las conciencias cristianas de las comunidades primitivas. San Agustín, coinciden algunos especialistas, dio una dimensión concreta al infierno al representarlo como una gigantesca hoguera, cuyas llamas eternas torturaban a los pecadores.

Apunta la periodista francesa Anne Marie Mergier: “Semejante imagen causó un gran impacto en los monasterios de Europa, donde se empezó a crear una amplia iconografía sobre el infierno”.

Los especialistas difieren sobre la presencia de Satanás en la Alta Edad Media, del siglo V al siglo X. Mientras que Mergier –en uno de sus varios artículos publicados en la revista *Proceso*– asegura que en este periodo el Maligno estuvo presente sobre todo en el arte religioso que florecía en los conventos, Ruiz Castellanos afirma que fue varios siglos después cuando apareció la primera representación del Diablo en la historia del cristianismo: “Esta representación, en la que se muestra a Satanás como la serpiente de siete cabezas, aparece en los manuscritos ilustrados del siglo X y XI que reproducen los *Comentarios del Apocalipsis* que el Beato de Liébana escribiera en el siglo VIII”, dice.

Para James Hall, autor del *Diccionario de temas y símbolos artísticos*, la imagen del mal como ser complejo, con apariencia o formas de animal, comenzó a expresarse en el arte bizantino debido a la influencia de egipcios y persas. Posteriormente, el arte medieval modificó su forma, haciéndola

esencialmente humana, aunque con numerosos rasgos de animal: garras, pezuñas, rabo, extremidades de serpientes enroscadas y algunas veces alas, como recuerdo de su origen angélico.

A principios de la Baja Edad Media las representaciones repulsivas de Satanás formaban parte de todas las iglesias y edificios religiosos, probablemente como consecuencia de la primera gran explosión diabólica en occidente que el historiador francés Jean Delumeau, entrevistado por la revista *Proceso* en 2005, ubica en el siglo XI y XII.

El siglo XIV fue para la Iglesia especialmente caótico: comenzó a decaer la supremacía del Papa en Europa y al interior de la institución se gestaron fuertes divisiones que acabarían en el gran Cisma de Occidente (1378-1417).

Refiere Armando Ruiz: “Muchas de las obras de Satanás, los demonios y el infierno surgen en este contexto. La Divina Comedia de Dante Alighieri juega un papel fundamental en ese sentido”.

En lo que todos los analistas coinciden es en el hecho de que el creciente poder que la figura demoniaca adquirió en el medioevo obedeció a la acumulación de desgracias, peligros, miedos y violencia que azotaron Europa a lo largo de tres siglos y medio, pues para entonces, el viejo continente había entrado en un momento de crisis con fuertes problemas económicos y sociales: a las guerras seguían las hambres y a éstas las epidemias y los levantamientos populares. En sólo dos años, de 1348 a 1350, la peste negra mató a la cuarta parte de la población europea.

Delumeau asegura que, ante esta serie de acontecimientos catastróficos, la Iglesia católica creyó seriamente que se estaba acercando el Apocalipsis.

“Llegó un momento en que la Iglesia veía a Satanás por todas partes – coincide también el sacerdote César Corres, especialista en historia de la

religión–, y por eso había que bendecir todo: casas, personas, armamentos y objetos de trabajo, entre otras muchas cosas. La Iglesia creyó necesario implorar la acción salvífica de Dios, en una realidad toda ella penetrada por los demonios”.

Del siglo XV al XVII, Europa vivió uno de los peores momentos de su historia con la creación del Tribunal de la Santa Inquisición. “La Iglesia se encontraba en un especie de desbalance –sintetiza Corres Cadavieco, profesor de teología en la Universidad La Salle–. Tenía el poder, pero no era capaz de evangelizar, y ante la dificultad de compaginar ambas cosas, la resistencia de algunos pueblos (no a la evangelización, sino a la institución) fue leída como un apego a Satanás. De ahí a quemarlos a todos y a organizar grandes matanzas de infieles, había sólo un paso, que tristemente se dio”.

En Francia, Escocia, los Países Bajos, Suiza, Alemania y Polonia, la Santa Inquisición alcanzó niveles alarmantes, pero fue relativamente moderada en la Italia del renacimiento y casi inexistente en el Estado Pontificio. La mayoría de los historiadores concuerdan en que es difícil establecer la cantidad de víctimas, pero se calcula en centenares de miles el número de mujeres y hombres, acusados de herejes y de practicar la brujería, los que fueron torturados y quemados vivos en plazas públicas de Europa.

En España, la Santa Inquisición fue moderada en un principio, pero con la llegada de los Reyes Católicos al poder, todo cambió. Isabel y Fernando consideraron que la unidad religiosa debía ser un factor clave en la unidad territorial de sus reinos. “La conversión de las minorías hebrea y morisca era la condición para conseguirlo. Algunos se bautizaron con convencimiento, otros no y fueron perseguidos por la inquisición”, explica Beatriz Comella en su libro *La inquisición española*.

Aunque inicialmente el Tribunal de la Santa Inquisición fue creado para frenar las herejías, los delitos más comunes que atendía este órgano religioso estaban relacionados con los falsos conversos del judaísmo, mahometismo y posteriormente el luteranismo. También se consideraban delitos contra la fe, la blasfemia, en la medida que podía reflejar la herejía, y la brujería. Además se perseguían delitos de carácter moral como la bigamia. Con el tiempo se introdujo el delito de resistencia al Santo Oficio, que trataba de garantizar el trabajo del tribunal.

Beatriz Comella, profesora de Historia y Filosofía en el Colegio Mayor Zurbarán de Madrid (España), recuerda que la pena de muerte en la hoguera se aplicaba a herejes, mientras que el resto de los delitos se pagaban con excomunión, confiscación de bienes, multas, cárcel, oraciones y limosnas penitenciales.

En la Nueva España, el Tribunal de la Santa Inquisición tomó fuerza ante la incapacidad de los evangelizadores de comprender el idioma y los ritos de los nuevos pueblos, cuya cultura era calificada como demoniaca. Afirma el sacerdote Corres Cadavieco: “Los sacrificios humanos causaban una profunda indignación y por ello urgía salvar a los pobres indios de Satanás, aun en contra de su propia voluntad. El número de víctimas, no obstante, fue significativamente menor al registrado en los países europeos”.

A finales del siglo XVII la histeria antisatánica se apagó bruscamente en Europa “principalmente por factores políticos, filosóficos y sociales”, considera Mergier en su artículo *Instrumentos del miedo* publicado también en la revista *Proceso*, de la que la periodista es corresponsal en París: “De a poco occidente aprendió a convivir con sus herejes. Se acabaron las guerras religiosas, la autoridad del Estado se consolidó en toda Europa y el Siglo de las Luces abrió la puerta grande a la razón”.

Durante los siglos XIX y XX, el mundo experimentó una fuerte desdiabolización de toda la sociedad europea. En la Iglesia, Satanás fue removido a un segundo plano ante las grandes devociones cristianas y la dinámica de una evangelización que surgió en la línea de la virtud personal, la abnegación y el crecimiento espiritual.

En el siglo XX, el Diablo continuó formando parte de la catequesis eclesiástica, pero con un rostro menos tenebroso y más convincente frente a las nuevas corrientes modernistas. Satanás dejaba atrás su figura horripilante y violenta, para convertirse en el sutil interlocutor negativo del crecimiento personal espiritual. Satanás estrenaba rostro para dar la bienvenida al siglo XXI.

El que divide en la Iglesia

“El Demonio es un ser espiritual y perverso. Quien niegue su existencia se aparta de la doctrina contenida en la Sagrada Escritura enseñada por la Iglesia... No puede afirmarse que el Demonio sea únicamente la personificación del mal. Es un ser concreto”.

S.S. Pablo VI

El 15 de noviembre de 1972, el papa Pablo VI cimbró los cimientos de la Iglesia católica al confirmar la doctrina cristiana sobre Satanás durante una audiencia general en la Plaza de San Pedro en Roma.

Cinco meses antes, el Pontífice había sido fuertemente criticado por haber atribuido al Príncipe de las tinieblas las nubes, las tempestades y la incertidumbre que pesaba sobre la Iglesia tras el Concilio Vaticano II, al que había convocado el Papa Juan XXIII en 1959.

Sin detenerse ante los ataques, el Obispo de Roma consagró aquella tarde de noviembre una completa catequesis a la presencia activa de Satanás en la Iglesia, reviviendo con ello conceptos y creencias que muchos creían superadas.

El año de 1972 fue un parteaguas en la historia del catolicismo. “Y es que las palabras de Pablo VI –apunta también la periodista Anne Marie Mergier– revivieron la esperanza de las corrientes ultratradicionalistas, que si bien habían quedado apagadas tras una etapa de desdiabolización en los siglos XIX y XX, no estaban vencidas”, pero también prendieron focos rojos al interior de las corrientes modernistas que se negaban a dar un paso atrás y revivir “creencias medievales”.

En aquel entonces no fueron pocos los que advirtieron detrás de las controvertidas palabras del Pontífice un intento de respuesta ante las

convulsiones provocadas por el Concilio Vaticano II. Los especialistas coinciden en que a Pablo VI le había tocado recibir el terrible golpe y los efectos del Concilio dentro de la Iglesia, toda vez que éste había provocado una crisis terrible de identidad, de pertenencia, lo que ocasionó que muchos sacerdotes y religiosos abandonaran su ministerio.

El padre César Corres, especialista en historia de la religión, explica: “En aquella época, Pablo VI sintió que la Iglesia se estaba resquebrajando. La formulación del credo sobre el Demonio se dio en un contexto de confrontación, más que de diálogo, con las nuevas corrientes filosóficas y teológicas que comenzaban a surgir”.

Actualmente dos ideologías antagónicas libran una batalla al interior de la Iglesia. Quienes niegan la existencia de Satanás consideran que promover su figura es una táctica pastoral equivocada que fomenta la superstición, el infantilismo y la ignorancia teológica del pueblo. Quienes la avalan, en cambio, suelen utilizar una frase por demás contundente, cuyo autor fue el poeta francés del siglo XIX, Baudelaire: “La más hermosa habilidad del Diablo es habernos persuadido de que él no existe”.

El teólogo alemán Herbert Haag, profesor de teología veterotestamentaria en la Universidad Católica de Tubinga, es hoy en día uno de los grandes detractores de Satanás. Autor de varios libros como *Adiós al Diablo* y *El Diablo, un fantasma*, Haag es, para muchos, el iniciador de un torrente ideológico que no descansará hasta replantear la formulación del dogma cristiano sobre el Demonio.

Satanás –aseguran los discípulos del teólogo alemán– es una figura que pertenece a la mitología de las culturas mesopotámicas, cuyo origen se ubica entre el año 3000 y 2000 a.C. El cristianismo heredó esta figura mitológica de la cultura judía.

“El pueblo judío –sintetiza César Corres– entró en contacto con las culturas mesopotámicas en los siglos X, VIII y VI a.C. Este último acercamiento, quizás el más importante, fue a causa de la caída de Jerusalén a manos de los ejércitos babilonios. Muchos judíos fueron deportados a Babilonia, donde se instalaron por cinco décadas, tiempo suficiente para beber profundamente la cultura y la mitología de aquella región. En el año 538 a.C., luego de que el rey persa Ciro conquistara Babilonia, los judíos regresaron a Tierra Santa, donde la figura mitológica de Satanás comenzó a tomar formas más concretas”.

Para el sacerdote, una prueba irrefutable de ello es el hecho de que Satanás aparece con mucha fuerza en los textos bíblicos a partir del siglo VI, y no existe una sola mención en los libros anteriores, y mucho menos en los que conforman la ley de Israel, la Torá.

Aclara: “La excepción es el Génesis; sin embargo, este libro no hace referencia a Satanás, sino a una serpiente que el pueblo judío identificó con el Maligno tras una relectura posterior del texto. Y no les fue difícil hacer esta conexión por dos razones fundamentales: la serpiente fue el gran enemigo durante su travesía por el desierto, pero también porque era el emblema del poder faraónico. La serpiente era divinizada en Egipto, el pueblo esclavizador de los judíos”.

El padre Martín Nava Bello, profesor de Biblia en el Seminario Conciliar de México, coincide con estos datos bíblicos, pero dista de creer en la “importación” de la figura diabólica de la cultura babilónica, lo cual – asegura– resulta “sumamente hipotético”.

En cambio, comparte la opinión de su colega Salvador Martínez, especialista en la Sagrada Escritura, en el sentido de que las culturas mesopotámicas sí influyeron en el judaísmo, pero de otra forma: “El pensamiento babilónico aclaró la visión judía en materia de angelología y

demonología. El judaísmo comprendió que así como hay muchos ángeles, también hay distintos tipos de seres malignos”, señala.

El sacerdote Enrique Maza, autor del libro *El Diablo, orígenes de un mito*, coincide con el sacerdote Corres Cadavieco, pero advierte una mayor influencia del imperio Persa, luego de que éste conquistara Babilonia.

“Sin embargo –agrega Maza– fue el judaísmo tardío el que sistematizó el mundo demoniaco de manera más organizada. Fue entonces que apareció la teoría de los ángeles caídos y, sobre todo, la perspectiva de un duelo mortal entre dos mundos, cuyos designios respectivos son la condenación o la salvación del hombre”.

Para los pupilos de Haag, la exégesis, concepto que involucra una interpretación crítica y completa de un texto, especialmente de la Sagrada Escritura, ha sido una herramienta elemental para explicar la concepción del Demonio tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, sobre todo de este último que muestra a Jesús de Nazaret hablando de Satanás como un ser personal.

Algunos exégetas aseguran que Jesús estaba influenciado por la cultura de su tiempo, pues “en su época todos los israelitas creían en la existencia del Demonio, lo que generó que el cristianismo posterior tomara como base el pensamiento del hombre Jesús de Nazaret, como si ese pensamiento fuera perfecto”, asegura César Corres.

El sacerdote reconoce que esta teoría continúa generando escándalo en muchas conciencias, pero considera que el cristianismo no puede dejar a un lado el dogma de la Encarnación, “pues si éste se toma en serio, quiere decir que el hombre llamado Jesús el Nazareno, ajusticiado bajo Pilatos el viernes 7 de abril del año 30, tenía una cultura y una mentalidad propia de los judíos de la primera mitad del siglo I d.C. Y en esa mentalidad, el Demonio era un ser personal”.

Herbert Haag, en su libro *El Diablo, un fantasma*, respalda esta hipótesis: “Todas las afirmaciones que hacen referencia a Satanás en el Nuevo Testamento se deben entender en función de la idea religiosa del mundo del judaísmo de entonces. Satanás es únicamente la personificación del mal, del pecado”.

Sobre las tentaciones de Jesús en el desierto en las que, de acuerdo con la Biblia, el Diablo busca apartarlo de su misión salvífica, el teólogo alemán explica que los evangelistas intentaron más bien presentar con la mentalidad de su tiempo la tentación de Jesús y la buena prueba que dio de sí. “Lo importante de este pasaje es el sí que Jesús da a la voluntad del Padre, pues Satanás personifica únicamente la otra probabilidad”, dice.

Del mismo modo, las constantes expulsiones de demonios que, según los Evangelios, realizó Jesucristo, también tienen una explicación: “Los judíos –apunta Haag– miraban la enfermedad como consecuencia del pecado y el pecado lo atribuían al influjo de los malos espíritus. Por eso de manera frecuente se menciona simultáneamente la curación de enfermos y la liberación de posesos por Jesús”.

El sacerdote Ariel Álvarez Valdés, doctor en Sagradas Escrituras, afirma que las limitaciones médicas de aquella época llevaron a la gente a atribuir a los demonios todas las enfermedades. “Por ello, en los Evangelios no se trata de posesiones como nosotros habitualmente entendemos. Casos de posesión no aparecen en los libros sagrados. Siempre se trata de enfermedades a las que la ciencia de aquel tiempo no encontraba respuesta natural”, afirma.

Álvaro Valdés va más allá y asegura que Jesucristo no sacó del error a la gente y no advertía que se trataba de una enfermedad y no de un demonio por el simple hecho de que “Jesús vino a enseñar religión y no medicina”, y permaneció dentro de los límites de la concepción judía de su tiempo.

Herbert Haag explica que en la religión judaica, la marcada creencia en Satán y los demonios no fue más que un episodio. El judaísmo ha vuelto a apartarse de ella y hoy día esta creencia no tiene ningún papel en la religión. En este sentido, lamenta que con tanto mayor celo haya cuidado y cultivado el cristianismo esta “problemática herencia”.

El teólogo alemán concluye que lo más lamentable es que el catolicismo haya incluso elevado la doctrina sobre Satanás a la categoría de tema central de su predicación y consiguientemente haya “desfigurado en gran manera la Buena Nueva del reino de Dios, convirtiéndola en una mala nueva, en un mensaje terrorífico sobre el Diablo”.

En el nombre de Satanás

En pleno siglo XXI, los seguidores de Satanás continúan ejecutando silenciosamente la acción terrorífica del Príncipe de este mundo, en cuyo nombre se han cometido horribles y perversos crímenes, violaciones y atentados. En México, los incondicionales del Demonio realizan su ministerio maligno en las grandes urbes y han asentado sus bases principalmente al norte del país.

Las huestes de la oscuridad

Satanás no está sólo. Su empresa es también la de muchos que han creído ver en su figura una explicación al más profundo misterio de la existencia humana. Las misas negras, las orgías, los ritos criminales, el sacrificio de animales y el comercio carnal forman parte de una subcultura que comienza a cobrar fuerza en el mundo entero.

En 1968, el cineasta Roman Polanski llevó a la pantalla grande la cinta *Rosmary's Baby* (*La semilla del Diablo*, en versión castellana) considerada la primer cinta documentada sobre el satanismo contemporáneo, surgido en California, Estados Unidos, a principios de 1970 y propagado actualmente por todo el mundo.

La película, basada en el libro del escritor norteamericano Ira Levin, registró –según el propio Polanski– lo que había observado en la América hipermoderna, en ciudades como Nueva York y California, donde el productor de cine se había asentado con su esposa, la actriz Sharon Tate.

El hilo conductor de la cinta es el nacimiento de Satanás, un hecho tomado también de la realidad californiana, dado que el hombre que anuncia en la película la encarnación de Satanás es Anton LaVey, mejor conocido como

el *Papa negro*, fundador de la oficialmente reconocida *Church of Satan* (Iglesia de Satanás) con sede en San Francisco, California.

Anton Szandor LaVey nació en la ciudad de Chicago el 11 de abril de 1930. En 1966, a los 36 años fundó la Iglesia de Satanás y tres años más tarde escribió la *Biblia Satánica*, el “libro negro” más vendido en todo el mundo. La fama y el dinero siguieron a LaVey hasta su muerte, en Londres el 29 de octubre de 1997, a causa de un edema pulmonar.

Especialistas coinciden en que parte del éxito del “Papa negro” fue haber capitalizado de forma inmejorable su credulidad: aseguraba haber sostenido relaciones amorosas con Marilyn Monroe y la actriz Jayne Mansfield; haber recibido poderes sobrehumanos que le permitían influir sobre la gente y haber sido iluminado para crear la Iglesia de Satanás. Tras su muerte, Zeena Galatea LaVey, hija de Anton, calificó de “ficción” muchos de los relatos autobiográficos de su padre.

Cuando se le preguntó a LaVey la razón por la que fundó su Iglesia, éste respondió: “He visto el aspecto más repugnante de la naturaleza humana. Y me pregunté: ¿Dónde está Dios? Entonces llegué a despreciar a los débiles, a aquellos que, al enfrentarse con la violencia, se contentan con remitirse a la voluntad de Dios”.

La Biblia Satánica –en la que se basa el programa de la Iglesia de Satanás– expone los lineamientos y dogmas que rigen la vida de sus miembros, entre los que destaca aceptarse como animales terrenos y racionales; negar la existencia de cualquier dios externo, buscar el desarrollo intelectual individual y principalmente la satisfacción de los deseos primarios de cada persona.

Para LaVey, cualquier satanista debía ser consciente de su realidad y entender de esa forma el mundo que lo rodea, lo cual equivale a adquirir la visión de un dios. Por ello, para el satanista el único dios es él mismo.

Con un carácter mucho más político que religioso, uno de los elementos más polémicos de la doctrina impulsada por el *Papa negro* fue la definición de Satanás. Para LaVey, quien siempre se mantuvo en la línea del agnosticismo, el Diablo era sólo un símbolo, en tanto que para muchos de sus seguidores era más que eso. Éste fue un factor determinante que derivó en el desmembramiento de esta Iglesia, provocando el nacimiento de otras organizaciones satánicas.

El sociólogo David G. Bromley, entrevistado por Jesús Esquivel, corresponsal en Washington de la revista *Proceso*, asegura que en la década de los 70 la Iglesia de Satanás fue un “gran negocio”; sin embargo, sus feligreses le fueron abandonando en la medida en que se dieron cuenta de la realidad y de la estafa de la que eran objetos. “Actualmente –asegura– cuenta sólo con unos cientos de seguidores”.

Afirma el especialista que los pocos miembros de esta Iglesia aún realizan ritos satánicos, los cuales consisten en simples orgías ocultas: “Blanche Barton (esposa de LaVey y actual líder espiritual de la Iglesia de Satanás) se pone frente a un altar rodeada de mujeres u hombres desnudos, que en muchos casos son prostitutas o prostitutos contratados para satisfacer los deseos carnales o fantasías de los asistentes a las misas. Se leen versos de la *Biblia Satánica*, se jura lealtad a Satanás y se permite el coito entre los feligreses”, explica.

Bromley considera que el derrumbe de la secta y de su líder comenzó a principios de los años 80, cuando cometieron el error de declarar que la práctica del satanismo contemplaba el sacrificio de niños, rumor que fue propagado por iniciativa del propio Anton. La sociedad norteamericana mostró inmediatamente su rechazo hacia esta organización y el FBI emprendió una investigación minuciosa en contra de la misma. Tras varios años de indagatorias, la policía concluyó que la secta jamás había

sacrificado un solo niño. LaVey no fue encarcelado, pero la Iglesia quedó desprestigiada.

Actualmente, la sede de la Iglesia de Satanás se encuentra en Nueva York. Sólo se puede acceder a ella a través de internet, herramienta que le ha permitido continuar con la generación de ingresos mediante la venta de libros satánicos.

LaVey es considerado el gran promotor del Satanismo contemporáneo, ya que en Europa, entre el siglo XV y XVII, Francia, Italia, Inglaterra y Rusia habían experimentado la actividad de movimientos satánicos con misas negras y rituales. En los siglos XIX y XX, estos dos elementos se vieron aderezados con una clara alusión a la imagen del Diablo.

Es por ello que el satanismo no se puede entender en su totalidad sin algunos *discípulos del Demonio* que han quedado registrados en las páginas oscuras de la historia.

Tal es el caso de Gilles de Rais, un noble francés del siglo XV, cuya fama se debió a su destacada actividad militar contra los ingleses en la Guerra de los Cien Años. Rais cometió una serie de atrocidades que sembraron el terror en la región francesa de Bretaña. Tras retirarse de su vida militar, el rico mariscal conformó en su castillo una corte macabra formada por brujos, alquimistas, videntes y adoradores del Diablo.

“Una de sus metas era encontrar a Satanás, pero como el Príncipe de las Tinieblas nunca acudía a sus citas, decidió entonces seducirlo ofreciéndole corazones, sangre y ojos de niños a los que mataba después de abusar sexualmente de ellos. Rais habría asesinado unos 300 niños entre 1432 y 1440.”, explica el sociólogo francés Paul Aries, uno de los mejores especialistas en el tema del satanismo.

Entrevistado por la periodista Anne Marie Mergier, Aries considera que este tipo de “satanismo salvaje” continúa existiendo y es realizado por individuos que sólo buscan satisfacer sus impulsos sádicos, pero reconoce que no tiene nada que ver con el satanismo de las sectas.

Fue hasta el siglo XVII cuando al satanismo se le dotó de rituales. Según Anne Marie Mergier, los adoradores del Diablo invirtieron los rituales y los símbolos católicos: quemaban las cruces o las colocaban de cabeza; las imágenes sagradas eran sustituidas por chivos en plena erección o por imágenes pornográficas. Cometían actos sacrílegos envileciendo las hostias consagradas, perforándolas y empapándolas de esperma o sangre.

El siglo XX trajo consigo a un personaje protagonista de un satanismo particular, caracterizado por conjugar los ritos anticristianos con los de la magia sexual: Aliester Crowley.

Nació en Gran Bretaña en 1875, fue un amante del esoterismo y de la magia pese a su educación evangélica y conservadora. Llegó a ser un célebre ocultista, conocido en los medios sombríos con diferentes mote: Baphomet, Maestro Therion y principalmente la Bestia 666.

Con decenas de libros escritos, Crowley elaboró la doctrina MagicK en la que mezclaba el satanismo con elementos de magia, cábala y esoterismo, y escribió el *Libro de la Ley*, “texto que sentó los cimientos del neosatanismo contemporáneo y de la magia moderna, y cuyo principio fundamental era simple: todo ser humano tiene el derecho de realizar su propia voluntad sin temer interferir con la voluntad de los demás”, asegura Aries.

Aliester Crowley, cuya vida y obra influyeron fuertemente en Anton LaVey, murió en Inglaterra en 1947 a causa de su adicción por las drogas, dejando poco más de 60 mil adeptos, según se calcula. Durante las décadas de los 60, 70 y 80, muchos artistas y grupos de rock se vieron identificados con el “Mago Crowley”: John Lennon, Jimmy Page de Led Zeppelin,

David Bowie, el grupo Joy Division y el ex líder de Black Sabbath, Ozzy Osbourne, entre otros.

Pero Crowley no sólo ejerció poder sobre artistas y grupos de rock, su ámbito de influencia permeó también la esfera política y científica. Se rumora que fue él quien sugirió a Winston Churchill el signo de la victoria (los dedos índice y medio en forma de “V”), que el político inglés usaba tan a menudo, asegurándole que era un signo de poder que les haría ganar la Segunda Guerra Mundial.

Fue también el padre espiritual de Jack Parsons, un eminente científico que trabajó para la NASA, pero que creía en Satanás y practicaba la magia negra (un cráter de la luna lleva su nombre) e influyó fuertemente en Ron Hubbard, fundador de la cienciología, cuya Iglesia se ha extendido por todo el mundo.

Según un estudio sobre sectas satánicas publicado en *L'Osservatore Romano*, diario del Vaticano, en Estados Unidos se encuentra la mayor concentración de grupos satánicos. El documento, fechado en 1997, registra aproximadamente 20 organizaciones fuertemente institucionalizadas, aunque algunas de ellas han desaparecido. Entre las más conocidas se encuentra: “Temple of Seth”, “Worldwide Church of Satanic Liberation”, “Church of War” y “Ordo Templi Satan”, cuyos escritos tienen cierta difusión a través de Internet.

Otro grupo satánico que ha tenido cierta importancia es “The Process Church of the Final Judgement”, surgido en 1965 en Inglaterra y difundido en algunos países, sobre todo en la Unión Americana antes de su escisión en dos grupos diversos. “Actualmente The Process se ha extinguido”, revela el estudio elaborado por el Grupo de Investigación e Información sobre las Sectas con sede en Roma.

“Los grupos y los movimientos satánicos son, sin duda, muy diversos. Algunos están relacionados entre sí, otros no; ciertos grupos son desconocidos hasta para las mismas personas que frecuentan el ambiente satanista”, reconoce el texto.

El organismo especializado en el estudio de sectas y organizaciones no católicas precisa que “hay sectas cuya existencia es efímera o casi virtual; otras, con el tiempo, dejan de actuar o en algún caso continúan en forma oculta; algunas actúan públicamente, otras de modo secreto, pero casi todas sufren separaciones con mucha frecuencia, es decir, que un grupo se divide en uno o más troncos, los cuales a su vez se separan en otras ramas y así sucesivamente”.

De acuerdo con un estudio realizado en 1972 por Edward Sanders, titulado *Charlie and the Devil*, la doctrina difundida por “The Process Church of the Final Judgement” (La Iglesia del Proceso del Juicio Final, en castellano) influyó de manera importante en la conciencia de lo diabólico en el plan que ideó Charles Manson para asesinar a la esposa de Roman Polanski.

La noche del 8 de agosto de 1969, el “Clan Manson” asesinó salvajemente a Sharon Tate en su casa de Beverly Hills, California, donde se hospedaban cuatro huéspedes de la actriz, quienes también fueron traspasados con puñaladas simétricamente asestadas. Las víctimas fueron colgadas como “puercos” y su sangre fue utilizada para escribir la palabra “PIG” en las paredes y en la puerta. Sharon Tate estaba embarazada.

“The Process Church of the Final Judgement” era una sociedad secreta, que intentaba celebrar y apresurar el fin del mundo mediante el asesinato, la violencia y el caos. Sus miembros estaban convencidos de sobrevivir a ese “baile de sangre” como pueblo elegido.

Los “procesadores” habían llegado a Los Ángeles a principios de 1988 y, según uno de los discípulos de Manson, éste habría exaltado, en sus lecciones sobre el asesinato, a la Process Church desde 1989 y en conjunto con otros miembros de su familia comenzaron a vestir capas negras y ropa teñida de negro como los miembros de aquella Iglesia.

Según Sanders, otros dos grupos satánicos habrían influido en Manson para planear el bestial crimen: la Logia Solar de la Ordo Templi Orientis, de Jean Brayton, discípulo de Crowley, y el denominado Kirke Order of Dog, grupo secreto dirigido por una mujer.

El primero de ellos se caracterizó por el culto mágico especializado en beber sangre, en magias sexuales sádicas y sodomíticas y en el odio a la raza negra, mientras que los miembros de la Kirke Order of Dog creían en la reencarnación de Circe (Kirke en griego) y practicaban el vampirismo animal.

Según la propia Iglesia católica, en pleno siglo XXI las huestes humanas de Satanás continúan desempeñando su ministerio del mal y cada vez son más las personas que se adhieren a ellas y a sus ritos. Esta misma institución ha mostrado su preocupación ante este fenómeno, que ha sido objeto de estudios de teólogos, antropólogos, psicólogos y sociólogos.

Esta corriente satánica ha llegado a ser tan incisiva que algunos teólogos no han dudado en calificar el fenómeno como la “Segunda Venida de Satanás”, tras la ofensiva que emprendiera el Príncipe de las Tinieblas en la Edad Media.

“Satanás ha vuelto de una manera distinta –asegura el teólogo holandés Bruno Borchert en su artículo *La segunda venida de Satanás*– pero esta vez más humanizado. Ya no se trata de la fe en un ser personal ni tampoco de una religiosidad, ni siquiera de una dimensión sobrenatural, sino de

reconocer la bestia que llevamos dentro. Esto se le debe en mucho a Anton Szandor LaVey, el *Papa negro*”.

Toma mi alma a cambio de...

“Yo, Juan Fausto, de Wittenberg, doctor, con la presente cedo cuerpo y alma a Lucifer y a su ministro Mefistófeles, y además, les concedo pleno derecho, después de transcurridos veinticuatro años –y siempre que no hayan sido violados los artículos supraescritos– de llevar al susodicho Juan Fausto, cuerpo y alma, carne, sangre y bienes a su mansión, sea donde sea. De mi puño y letra: Juan Fausto”.

Christopher Marlowe, *La trágica historia del Dr. Fausto* (1592)

El escenario oscurantista que vivió la Europa de los siglos XV al XVIII favoreció en la creación de fórmulas, invocaciones y rituales de pactos demoniacos que hasta la fecha algunas sectas satánicas reproducen con la finalidad de dotar a sus agremiados de herramientas para “ofrecer el alma al Diablo a cambio de favores”.

Muchos de estos conjuros fueron sustraídos de los llamados *grimorios*, libros de corte mágico escritos en su mayoría en la Alta Edad Media, cuyo contenido se enfocaba principalmente a las correspondencias astrológicas, nombres de ángeles y demonios, instrucciones para realizar encantamientos y hechizos, mezclar sustancias, convocar entidades sobrenaturales y fabricar amuletos.

El mismo Anton LaVey publicó en 1972 su libro titulado *Rituales Satánicos*, en el cual hace una recopilación de los ritos y ceremonias extraídas de antiquísimos *grimorios* y tratados de magia negra. Este libro se ha convertido en un manual de cabecera de muchos grupos dedicados al satanismo.

Sin embargo, los pactos satánicos, tal como los describiera a finales del siglo XVI el célebre escritor Christopher Marlowe en su obra *La trágica historia del Dr. Fausto* son poco comunes. La idea de un pacto formal con el Demonio aparece por primera vez en el siglo V en los escritos de San Jerónimo, quien contaba cómo un joven, por orden de un mago, había renunciado a Cristo para obtener los favores de una bella mujer.

Otro pacto similar ocurrió en el siglo VI en la leyenda de Teófilo, quien accede a ser un servidor del Diablo y firma un pacto formal. Esta leyenda se extendió por Europa en la Edad Media.

La petición de favores a Satanás y el respectivo ritual de ofrecimiento se dan por lo general a través del rito principal de todo grupo satanista; es decir, de la misa negra, que ha sido descrito por LaVey tanto en la *Biblia Satánica* como en sus *Rituales Satánicos*.

De acuerdo con Giuseppe Ferrari, director editorial de la revista italiana *Religiones y sectas en el mundo*, con sede en Roma, la mayoría de los grupos satánicos que aún muestran actividad introducen ciertas modificaciones respecto al rito utilizado por el fundador de la Iglesia de Satanás.

“El rito satánico más común –explica Ferrari, especialista en sectas diabólicas–, es oficiado por un celebrante, un diácono y un subdiácono (servidores) y como instrumentos se usan algunos cirios, un pentáculo invertido (estrella de cinco puntas boca abajo), un cáliz lleno de vino o de licor, una campanilla, una espada, un aspersorio y un crucifijo invertido”. También son utilizadas hostias consagradas que llegan a comercializarse en el mercado negro hasta en 500 euros.

“El altar es una mujer desnuda y los participantes llevan vestidos negros con capucha. El rito imita el de la misa católica con las oraciones recitadas en latín, inglés o francés, pero en lugar de invocar el nombre de Dios se

invoca el de Satanás; se pronuncian nombres de diversos demonios; se recita el Padre nuestro en sentido contrario y negativo (padre nuestro que estás en el infierno); se lanzan insultos contra Jesucristo y la hostia es profanada de varias maneras: utilizándola en prácticas sexuales o pisoteándola repetidamente con odio”, describe el estudioso.

Los ritos satánicos se realizan por lo general en horas nocturnas, mientras que la elección del lugar depende en gran medida de la posibilidad de organizar todo con cierta reserva, para no llamar la atención de las autoridades, y por lo general suelen ser cementerios o templos abandonados.

Al respecto, Ferrari advierte que “durante los ritos satánicos, algunos grupos llegan a perpetrar actos de escarnio o profanación de cadáveres, violencia física, incluso sobre menores, y hasta homicidios”.

Así ocurrió en agosto de 2004 en Nigeria, cuando el mundo fue testigo de una de las escenas satánicas más escalofriantes en lo que va del siglo XXI: en un oscuro bosque del estado de Alambra, al norte del país africano, fueron encontrados 50 cuerpos en avanzado estado de descomposición y 20 cráneos humanos rodeados de todo tipo de amuletos y botellas con brebajes. La policía nigeriana reconoció que se trataba de un “Santuario del Diablo” en el que se practicaban los ritos demoniacos y las misas negras.

En Europa se tiene claramente identificada la presencia de algunas organizaciones adoradoras de Satanás, principalmente en países como Inglaterra, Italia, Alemania, Francia, Noruega y Suecia.

En España –donde según las autoridades eclesiásticas se calcula que los adoradores del Demonio llegan a sumar seis mil– es particularmente conocido el “Círculo de la media luna”, dedicado a prácticas esotéricas relacionadas con Satanás, y cuyo fundador abusó sexualmente de 18 niños

de entre 11 y 14 años, a los que entrenaba en un equipo de fútbol en el Polideportivo Municipal Carrús.

Según las autoridades, el hombre de 33 años de edad, cuyo nombre fue reservado para salvaguardar su integridad, desde 1998 se valía de su organización para lograr un clima de intimidación y temor entre los menores, lo que facilitaba sus intenciones sexuales.

Los niños, según el ministerio público del ayuntamiento de Elche, eran introducidos en el “círculo” a través de un ritual que firmaban con sangre. La fórmula de iniciación rezaba así: “Grande y poderoso Lucifer, excelso emperador de los astros, yo me postro ante ti y te reconozco como soberano, mi dueño y señor”. El entrenador fue condenado en 2003 a 67 años de prisión.

Las creencias satánicas, no obstante, pueden variar de un lugar a otro tal como lo explica Ferrari: “Muchos ven en Satanás un ser simbólico, mera expresión de trasgresión y racionalismo, cuyos ritos tienen como finalidad liberar a sus adeptos de los condicionamientos religiosos, morales y culturales que provienen de su ambiente.

“Algunos satanistas que se reconocen en esta descripción afirman que ‘el Satanismo es una religión de la carne’. Pero también hay quienes ven en Satanás un ser real, ‘Príncipe de las tinieblas’, al cual es posible dirigirse mediante rituales mágicos para obtener favores de diversos géneros”.

En América Latina la corriente satánica entró por la puerta norte del continente con Anton LaVey, aunque con menos fuerza organizativa e institucional en comparación con Estados Unidos; se trata de pequeños grupos que han podido sobrevivir y fortalecerse gracias al sincretismo de los ritos satánicos con los elementos propios de las culturas latinoamericanas. Chile, Colombia y México son los países más afectados por esta realidad.

Tan sólo en Colombia, según el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) de ese país, en Bogotá operan por lo menos 250 sectas pequeñas, cuyos rituales incluyen la comisión de diversos delitos, entre ellos secuestros, violaciones y asesinatos.

En tanto, en Chile hay constancia de acciones satánicas desde 1880. La zona austral, con sus islas, profundos valles y selvas frías, ha sido utilizada para dichas acciones por la gran tendencia a producir relatos fantásticos y mágicos. En la zona centro de Chile los grupos empiezan a conformar organizaciones mejor estructuradas.

En México, el fenómeno del satanismo es sumamente complejo: forma parte de un coctel de corrientes ideológicas, de nuevas espiritualidades, de exóticos maestros, brujos y gurús, de técnicas de sanación y adivinación y de extrañas sociedades y organizaciones de carácter pseudoreligioso, que hacen prácticamente imposible medir sus alcances.

El reporte más completo sobre esta práctica en nuestro país es un documento del Centro de Investigaciones del Instituto Cristiano de México (CIICM), organización ajena a la Iglesia católica, el cual señala que el culto a Satanás se ha detectado con mayor fuerza en los estados de Nuevo León, Tamaulipas y Chihuahua (donde se le ha relacionado con los asesinatos de mujeres), así como el sureste mexicano y zonas de costa en donde se fusiona con otras creencias de tinte ocultista.

Mientras tanto, las grandes ciudades como el Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey han visto un incremento del satanismo, aunque en general su práctica continua siendo marginal.

La investigación explica que los diferentes grupos satánicos con actividad en el país pueden clasificarse en cuatro categorías, cada una con sus propios ritos:

La primera de ellas, que ha sido denominada de “Iniciación informal”, es la más popular entre los jóvenes, quienes por lo general son indirectamente iniciados a través de literatura, amistades y/o influencias culturales musicales que propagan una filosofía satanista con fines comerciales y de entretenimiento.

“Las prácticas más comunes en este nivel incluyen la pinta de paredes en los templos con simbología satánica (pentagrama invertido, el número 666 y cruces volteadas), la profanación de tumbas en cementerios y, en algunos casos, la realización de sacrificios de animales con el fin de obtener el favor de Satanás o para iniciarse en la práctica del satanismo”, asegura el CIICM.

La segunda categoría corresponde al satanismo “comercial-religioso”. Quienes lo practican ponen un mayor énfasis en el aspecto litúrgico de las celebraciones, en el estudio de textos y, por lo general, se reúnen en un templo o iglesia satánica.

“En México –explica el Centro de Investigaciones– el satanismo comercial-religioso es marginalmente popular entre círculos de artistas y algunos personajes de la política, o personas con poder adquisitivo en busca de poderes sobrenaturales para atraer dinero, éxito sexual o causar maldiciones a rivales. Su práctica es discreta y la base textual y conexión con LaVey la hace atractiva”.

El “Satanismo no-tradicional” constituye la tercera categoría o nivel. Son pequeños grupos que fundan su ideología alrededor de la interpretación particular del satanismo de algún líder solitario; no hay controles institucionales y escapan fácilmente a la detección de la comunidad y a los sistemas de seguridad pública. Su relación con Satanás es a través de rituales de iniciación de naturaleza secreta, aunque en ocasiones llegan a

cometer crímenes al sacrificar a menores o a adultos con fines ceremoniales.

El CIICM considera que este último es el nivel de satanismo con mayor incidencia delictiva, pues inclusive lleva a practicar la eliminación de disidentes y advierte que pueden llegar a convertirse en pequeñas organizaciones criminales. “Se han detectado en México grupos compactos de policías judiciales inmiscuidos en este tipo de satanismo”, revela este Centro.

El cuarto grado de satanismo es el “generacional-tradicional”, se propaga dentro del núcleo familiar, transmitiéndose de una generación a otra y tiene influencias ideológicas de Aliester Crowley y Anton LaVey. Quienes lo practican son iniciados desde la infancia o juventud temprana a través de la simbología y prácticas como beber sangre de animales, invocaciones con el iniciado acostado en medio de un pentagrama invertido pintado en el piso y juramentos. Por lo general, las familias que practican esta variante de satanismo tienen un altar ceremonial con símbolos alusivos.

El doctor Jorge Erdely, quien encabezó la investigación que realizó el CIICM, explica que una premisa central del satanismo en los sacrificios de animales (o cualquier otro ser que se ofrezca en holocausto) es que entre mayor sufrimiento tenga la víctima, se libera más energía de la cual el satanista se apropia para transformarla en poderes sobrenaturales. “Al mismo tiempo –dice– la crueldad es la antítesis de la compasión y por ende, entre más sufrimiento se ocasione se complace más a la deidad del culto, en este caso Satanás, quien recompensará a sus seguidores”.

Las legiones demoniacas

–"*Hic est dies*" (éste es el día), dice el exorcista con el crucifijo en la mano.

–No, responde una voz ronca de hombre que sale de la garganta de la posesa, una preciosa chica de 20 años.

–"*Exi nunc, Zabulon*", (sal ahora, Zabulón), insiste el sacerdote.

–No.

–¿Por qué no quieres salir?

–Para servir de testimonio.

–¿De testimonio de qué?

–De que Satanás existe.

“Para nosotros los exorcistas, Satanás y los demonios son lo mismo, en todo caso es cuestión de nomenclatura. Todos son ángeles caídos con capacidades para posesionarse de un cuerpo, oprimir y obsesionar a una persona e incluso vejlarla”, advierte de entrada el padre Pedro Mendoza Pantoja.

Nombrado coordinador general de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, en 1998, por el cardenal Norberto Rivera Carrera, el especialista en teología dogmática, estudió psicología clínica en la Universidad Nacional Autónoma de México y goza de una amplia experiencia en las técnicas de la medicina tradicional china y coreana.

Seguro de sí mismo, aunque con voz pausada, entrecortada, a veces extraña, producto quizás de su padecimiento del corazón o de su sobrepeso, el padre Mendoza reconoce que no es especialista en el ámbito de la demonología (rama de la teología que se ocupa del estudio de los demonios) y explica lo que desde antaño ha enseñado la Iglesia católica.

“Para nosotros da lo mismo, aunque no es lo mismo Satanás y demonio... no son sinónimos –agrega– es decir: Satanás también es un demonio, y por ello se le conoce también como el Demonio, pero es muy superior al resto de ellos. Satanás es el Diablo, Lucifer, Luzbel, Belial; él es propiamente el ángel caído y junto a él hay muchos otros ángeles caídos. Sabemos que existen, que ahí están, y hacemos nuestro trabajo”, agrega y da la impresión de que no le preocupa saber más de jerarquías demoniacas.

Antes de volver a entrar en materia, ajusta el volumen de uno de los dos amplificadores de sonido que utiliza debido a sus problemas de oído: “Lo que es un hecho es que estos demonios son los secuaces de Satanás y le ayudan en diferentes tareas... algunos de ellos tienen nombre, como ‘Asbelial’, especialista en deshacer matrimonios”, enfatiza.

–Todos ellos –advierde– están preparados para atacar. Sólo esperan el momento en que una persona les abra la puerta.

–¿Como con las prácticas satánicas?

–Sí, pero no sólo con el satanismo, también con todas aquellas cosas que desvían al hombre de Dios, por ejemplo, la magia, el espiritismo, la adivinación, los horóscopos, el esoterismo, la brujería...

El exorcista mira su reloj, intenta insinuar que perdemos el tiempo, que la demonología no es su fuerte y que es mejor abortar el tema. Le cuesta trabajo restablecer la charla: se esfuerza por hilar las ideas, le da vueltas al asunto y finalmente termina por proporcionar –con cierta reserva– dos nombres propios antes de pasar a otro tema: José Antonio Fortea y Emma Limón. Ambos conocen de demonología... ambos son polémicos.

El padre José Antonio Fortea Cucurull nació en España en 1968. Especialista en demonología, su trayectoria lo ha convertido en una fuente

obligada cuando se aborda el tema de la expulsión de demonios. Actualmente se desempeña como exorcista mayor de España.

Reconocido tras la elaboración de su tesis *Exorcismos en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia del Episcopado Española, y sus múltiples sermones sobre Satanás, Fortea fue tristemente desacreditado por muchos de sus colegas tras la publicación, el 22 de septiembre de 2002, de una crónica que hiciera José Manuel Vidal, periodista de *El Mundo*, de un exorcismo practicado por el sacerdote español a una bella joven poseída por un demonio.

Sus detractores consideraron que se trataba de un “exorcismo publicitario”, minuciosamente “montado” para impulsar la venta de sus libros. “Y de no haber sido así –asegura Mendoza Pantoja– entonces hizo muy mal al poner en riesgo la dignidad de aquella mujer, exponiéndola ante los medios de comunicación, lo cual tiene prohibido cualquier exorcista”.

José Manuel Vidal y un compañero suyo de la agencia *EFE*, también especialista en temas religiosos, habrían presenciado atónitos una exhausta e infructuosa lucha entre el padre Fortea y Zabulón, uno de los siete demonios que se habían introducido en el cuerpo de una joven de 20 años, cuyo nombre era “Marta”.

Antes del rito del exorcismo –según la crónica– el sacerdote también habría explicado a los aún incrédulos periodistas lo siguiente: se trataba de una chica poseída por siete demonios, de los cuales Fortea ya había expulsado seis. El último, que respondía al nombre de Zabulón, se resistía a salir; era un “demonio casi mudo, pero muy inteligente”. Llevaba 16 sesiones y todavía no había conseguido expulsarlo, “cuando en los casos más normales, bastaba con dos o tres”.

En un principio, Fortea había pensado que el nombre de Zabulón correspondía al décimo hijo de Jacob y Lía, su mujer, personajes bíblicos,

pero después, investigando un poco más, cayó en la cuenta de que se las estaba viendo con “uno de los demonios más poderosos del infierno”.

“Ha aparecido sólo tres veces en la Historia –dijo a los periodistas– la primera, en Ludón (Francia), en el siglo XVI cuando casi todas las monjas de un convento quedaron poseídas por multitud de demonios, que las atormentaban sin pausa. El jefe era Zabulón. La segunda fue en los años 50, en un caso de exorcismo realizado por el padre Cándido, un exorcista italiano. Y ahora, ha vuelto a aparecer...”.

Comenzado el exorcismo, los dos periodistas españoles dicen haber sido testigos de gritos desgarradores, contorsiones corporales sobrenaturales, demostraciones de fuerza que no corresponden a una joven pequeña y delgada, y de diálogos propios de una película de terror:

– Besa el crucifijo, dice el exorcista.

– No.

– Jesús es Rey.

– *Assididididaj*.

– Secuaz de Satanás, estás en tinieblas.

– *Assididididaj*.

– Estás haciendo mucho bien. Gracias a ti mucha gente va a creer en Dios.

– No.

– Sal, Zabulón, te lo ordeno en nombre de Cristo. Te espera la condenación eterna. No hay salvación para ti.

Pero Zabulón nunca salió y el periodista se vio obligado a ultimar su crónica con una frase que caló hondo en el corazón progresista de España: “Rezo por Marta. Lo que vi no es un montaje”.

Las reacciones no se hicieron esperar y pronto un nutrido grupo de lectores de *El Mundo* criticaron la “falta de seriedad” del diario. El escándalo fue tal

que el director de *Opinión de Hispanidad*, Javier Paredes, y Luis Lozada, un narrador, se pusieron en contacto con el padre Fortea para participar también de aquella insólita experiencia... el sacerdote aceptó.

El editorial de *hispanidad.com* correspondiente a la edición del lunes 30 de septiembre de 2002 fue una descripción, en primera persona, de la continuación de la ceremonia de exorcismo que habrían presenciado los reporteros de *El Mundo* y *EFE*, celebrada en una capilla de Alcalá de Henares, Madrid... Pero Zabulón volvió a hacer de la suyas y tampoco salió.

Los nombres de los demonios, así se titula una sección de la página web en Estados Unidos del padre José Antonio Fortea. Ahí, el sacerdote español explica claramente la diferencia entre Satanás y los demonios.

“Satanás es un espíritu superior al resto de las jerarquías demoniacas” y en el ámbito eclesial de la liberación se le suele llamar: Diablo, Beelzebud, Serpiente, Dragón, Belial o Beldar y Lucifer; pero también el Acusador, el Enemigo, el Tentador, el Maligno, el Asesino desde el principio, el Padre de las mentiras y el Príncipe de este mundo.

Para Fortea, Lucifer es sinónimo de Satanás, aunque para otros, entre ellos el padre Gabriele Amorth, uno de los exorcistas más respetados de Roma, Lucifer es un demonio distinto de Satanás; sería, en todo caso, el segundo en dignidad dentro de los ángeles caídos.

“No obstante, la tradición no ha distinguido entre estos dos términos. Ya, Orígenes, en el siglo III, los usa como sinónimos y, francamente, yo pienso que no hay sólidas razones para considerar que son dos espíritus y no uno”, explica Fortea.

En cuanto a los distintos nombres con los que se designa a un demonio, el sacerdote utiliza principalmente los que aparecen en el Nuevo Testamento:

Espíritu sordo, Espíritu mudo, Espíritu impuro, Espíritu maligno y Demonio impuro, aunque en el *Antiguo Testamento* se presentan algunos demonios con otros nombres: Asmodeo, que significa espíritu de cólera; Lilith, que siempre ha sido considerado una figura demoniaca, y Seirim, que podría traducirse en “peludo”.

Durante 20 siglos los exorcistas se han referido y dirigido a Satanás y a sus “colaboradores” con estos mismos nombres, o bien con el de “Legión”, este último revelado en el *Evangelio de Juan* cuando narra el encuentro entre Jesús y un joven poseído por muchos demonios... aunque ésta es una tradición que pronto podría pasar a la historia.

En el año 2005, el padre Pedro Mendoza Pantoja había advertido al periodista mexicano Rodrigo Vera, colaborador de la revista *Proceso*, de una laica carismática “que dice haber recibido la iluminación de Dios; hace exorcismos y ha inventado un método con el cual empezó a formar a los exorcistas de Tlalnepantla”.

Se trata del método denominado Evangelización Liberadora Integral (ELI), que en los últimos años ha encendido focos rojos en la Coordinación General de Exorcistas de la Arquidiócesis de México... su autora: Emma Limón.

–Este cuadro se titula *Un rayo de luz en la selva brasileña* y aquel otro *La Espiritualidad de Gandhi*, ambos son míos–, comenta con orgullo quizás porque se ha percatado que no he podido quitar la mirada de ambos óleos. La grabadora está encendida sobre la mesa de mármol del jardín trasero de la residencia en Polanco de la doctora Limón.

–¿También pinta?

–Expuse algunas de mis obras en Italia; creo que tenía una carrera prometedora como artista... Suspira añorante y luego sonrío.

Han bastado dos minutos para darme cuenta que estoy frente a una mujer excepcional: elegante, refinada, inteligente, bella... y en tanto más conozco de su vida profesional, más difícil me resulta comprender su interés en el campo de la demonología. Llego a pensar, incluso, que quizás se trata de dos mujeres diferentes con el mismo nombre y que me he equivocado de persona... pero no es así.

La doctora Emma Limón es conocida en el medio científico nacional e internacional; ha destacado en el campo de la oftalmológica con importantes investigaciones sobre nistagmus (movimiento incontrolado e involuntario de los ojos) y estrabismo; ocupó la jefatura del Servicio de Oftalmología en el Hospital General Dr. Manuel Gea González durante más de 20 años y actualmente se dedica a la investigación en esta rama médica. Además fue profesora titular en el Posgrado de la UNAM y es investigadora asociada en el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

“¿Científica y demonóloga?”, le pregunto, al tiempo que repaso un poco más de su trayectoria profesional. “Profesora honoraria de un hospital de Madrid y de la Facultad de Medicina de Bogotá, miembro de 11 sociedades médicas en el país y fundadora de tres centros y clínicas de investigación sobre enfermedades relacionadas con la oftalmología...”, comento, a lo que ella sólo se limita a sonreír.

Con más de 15 libros escritos sobre el tema de liberación, Emma Limón dice haber experimentado en los últimos años “revelaciones privadas de Dios” a través de las cuales “me dicta los nombres de los demonios y la forma en que actúan en el ser humano”.

Emma Limón está más que convencida de que son estos demonios los que impiden que el hombre se realice plenamente, que se relacione

amorosamente con Dios, que se ame a sí mismo, que obtenga su salud emocional, intelectual y corporal.

“Son ellos –asegura– quienes también provocan que el hombre fracase en sus relaciones interpersonales, conyugales y familiares”.

Vinculada desde 1968 con el Movimiento de la Renovación Carismática en el Espíritu Santo, polémica corriente eclesial reconocida por la Santa Sede, la investigadora ha comenzado a recorrer muchas diócesis nacionales y extranjeras, dando a conocer “las revelaciones divinas” y un método liberador “muy eficaz, producto del don de la profecía que nos ha revelado el Espíritu Santo”.

El método consiste básicamente en pedir la intercesión de la Virgen María y de los santos, identificar la acción de los demonios en la vida de cada ser humano, renegar tajantemente de ellos y autoexpulsarlos, “dejándolos a los pies de Jesucristo para que él disponga de ellos.

“Sin embargo, para que todo esto ocurra es necesario llamarlos por su nombre. Que sepan que se les tiene identificados y que es a ellos a quienes se les da la orden de salir”, agrega.

A pregunta expresa de si Dios es quien le dice los nombres de los demonios, Emma Limón comenta: “En realidad me dicta la acción que ejercen sobre el individuo y ése es el nombre que adquieren: por ejemplo el Espíritu de la ira, Espíritu de la envidia, Espíritu de la lujuria, Espíritu que bloquea la conciencia de pecado, Espíritu de deseos de muerte, Espíritu instigador de pleitos, entre otros”.

La investigadora desconoce cuántos demonios tiene clasificados aunque asegura que sólo en el caso de los homosexuales se tienen identificados 280 demonios. “Emprendimos hace dos años un proyecto piloto con 12

homosexuales; hoy, diez de ellos prácticamente han quedado liberados de su enfermedad”, asegura.

El método de la doctora Limón se encuentra en proceso de estudio en la Arquidiócesis de México, aunque comienza a ganar terreno en las diócesis de Tlalnepantla, Atlacomulco, Ciudad Obregón, Toluca, Autlán, Cuernavaca, Morelia y Texcoco, donde los obispos han aceptado que se lleve a cabo en algunas parroquias de su jurisdicción. También ha rebasado fronteras y hoy existen centros de liberación en Estados Unidos, particularmente en las diócesis de Fresno, Nuevo Orleans, Nebraska, y se han impartido cursos en San Juan de Puerto Rico y en Cuba, donde, asegura, cuenta con el permiso especial de Fidel Castro.

Emma Limón confía en que pronto pueda recibir el visto bueno del cardenal Norberto Rivera Carrera para comenzar a trabajar en la ciudad de México. Está consciente de que sus detractores son muchos, pero ello la tiene sin cuidado, pues quizás sólo sea cuestión de expulsarles el espíritu de la incredulidad.

A decir del padre Mendoza, la doctora Limón es la fiel imagen de los grupos “carismáticos”, cuya “ignorancia y fanatismo” han generado tantos excesos en la labor liberadora de la Iglesia. “Ven demonios por todos lados”, asegura y mueve su cabeza de un lado a otro en señal de rechazo.

En el nombre de Dios

Tras un letargo de cuatro siglos, la Pastoral de Liberación en la Iglesia católica ha despertado. Los ritos satánicos y las prácticas ocultistas fueron el detonante de un nuevo torrente liberador al interior de la institución religiosa que corre el riesgo de desbordarse hasta alcanzar niveles medievales en tanto el fanatismo no sea exorcizado.

La pastoral de liberación

– “Cállate”, gritó la señora con una voz aguda... chillante.

El sacerdote se encontraba de espaldas, realizando una oración para pedir a Dios por la salud de aquella mujer cuyos últimos 30 años habían transcurrido en la más angustiante desesperación, producto de una parálisis que le impedía caminar.

Los doctores no habían logrado encontrar la razón de su padecimiento. Físicamente se hallaba sana; sus músculos habían perdido fuerza, pero no existía razón para permanecer adherida de por vida a una silla de ruedas.

– “Que te calles, te digo”, volvió a gritar y gesticulaba como si fuera objeto de un ataque de epilepsia.

– “¿A quién le gritas?”, preguntó el sacerdote, y dirigiéndose al esposo de aquella mujer, agregó: “Controla a tu señora... cállala”.

En ese momento la estancia quedó en silencio. La luz del gran ventanal de la sacristía daba justo en el rostro de la “paciente” e iluminaba tenuemente las imágenes sagradas que el exorcista suele ocupar en sus ritos de liberación.

Cuando terminó de orar, miró directamente a los ojos de la mujer y, tomándola fuertemente de los hombros, le dijo: “Y tú, ya deja esa silla de ruedas, no la necesitas. Experimenta el amor que Dios te tiene a través de tu marido, quien ha cargado contigo y con esa silla durante todo este tiempo. Lo que debes hacer es perdonar”. La mujer y su esposo permanecieron inmóviles y hasta que el sacerdote dio la orden, abandonaron la habitación sin decir una sola palabra.

Una semana después, aquella señora y su esposo entraron caminando a la parroquia de San Pedro Apóstol en Cuajimalpa para agradecer a Dios por el don de su liberación.

La Pastoral de Liberación (conjunto de acciones de la comunidad eclesial encaminadas a la liberación de los hombres) es una realidad en la ciudad de México y desde 1999 se realiza a través de tres acciones definidas: el exorcismo mayor o solemne, el exorcismo menor u oración de liberación y las oraciones para pedir la salud de los enfermos.

Sentado frente a una mesa circular de madera maciza, el padre Pedro Mendoza Pantoja, coordinador de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, no tiene empacho en afirmar que en pleno siglo XXI los exorcismos se realizan en el seno de la Iglesia al igual que en las comunidades cristianas primitivas.

El Catecismo de la Iglesia Católica define el rito del exorcismo como una acción a través de la cual se pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona u objeto sean protegidos contra la influencia del maligno y sustraídos de su dominio.

Los Santos Padres de la Iglesia como San Justino mártir, Tertuliano, Orígenes y San Cipriano (todos del siglo II y III), practicaban la liberación de endemoniados y enseñaban que cada cristiano era un exorcista.

A mediados del siglo III, el papa Cornelio creó una categoría de individuos con autorización para exorcizar y en el siglo IX este ministerio fue integrado al rito sacerdotal, pero en calidad de “Orden menor”, es decir, como un servicio que prestaban los fieles laicos a la Iglesia y al que podían acceder a través de una especie de ceremonia de consagración.

Para 1614 el papa Pablo V aprobó el *Manuale Exorcismorum*, mejor conocido como el *Gran Exorcismo*, que permitía interpelar directamente a Satanás y a sus demonios con fuertes oraciones imperativas; y en 1884 el papa León XIII escribió el *Exorcismo contra Satanás y los Ángeles Rebeldes*, luego de “ver demonios y escuchar sus rugidos, sus blasfemias y sus burlas que amenazaban con destruir la Iglesia”.

Esta práctica se redujo considerablemente a lo largo del siglo XX, hasta que en el Concilio Vaticano II (1962-1965) se emprendió una reforma al *Manuale Exorcismorum*. En 1972 el papa Pablo VI modificó la institución del exorcista, reservándola exclusivamente a los obispos o a los sacerdotes designados por ellos.

Finalmente, después de cuatro siglos, el 26 de mayo de 1999, la Santa Sede hizo público un nuevo *Ritual de Exorcismos*, que sustituyó al de 1614 con tres modificaciones fundamentales: una clara apertura hacia las disciplinas médicas, al reconocer los avances y aportes de la ciencia en materia de psicología, parapsicología y psicoanálisis; una mayor prudencia al utilizar el concepto de “posesión demoniaca”, dando cabida a términos como “opresión” y “obsesión” para describir hechos concretos en torno a las influencias demoniacas en el ser humano y una clara distinción entre exorcismo mayor y exorcismo menor.

El exorcismo mayor o solemne –explica el padre Mendoza Pantoja– se realiza únicamente cuando el exorcista está seguro de que existe una posesión demoniaca, que sí se dan, pero suelen ser muy raras. Para ello se

utiliza el *Ritual de Exorcismos* y quien lo lleva a cabo debe apegarse a las normas en cuanto al uso de ornamentos, signos sagrados y oraciones.

“El exorcismo menor, también conocido como oración de liberación, – continúa– se realiza para liberar de *opresiones* u *obsesiones* a personas o cosas”.

Estos dos términos fueron utilizados por la Santa Sede en el *Nuevo Ritual de Exorcismos* tras reconocer los avances médicos con relación a la fenomenología que conllevan estos casos, pero también para evitar el manejo del concepto *posesión*, cuya connotación había despertado fuertes críticas dentro y fuera de la Iglesia.

“La *opresión* –precisa el exorcista– es una perturbación maligna de una persona (en forma pasajera), que puede ser externa (como escuchar ruidos, captar olores fétidos, ver sombras u oír voces) o interna (como mutismo, parálisis o daños físicos); la *obsesión*, en cambio, es una perturbación psicológica que se manifiesta de muchas formas como odios, deseos de suicidio, angustias, ansiedades, depresiones profundas, miedos y obsesiones, entre otras”.

En la Iglesia católica, el exorcismo mayor o solemne no puede realizarlo más que el obispo o un sacerdote delegado por él, y sólo después de un concienzudo discernimiento que permita tener la certeza de que realmente se trata de una posesión diabólica, en tanto que el exorcismo menor u oración de liberación lo puede hacer cualquier sacerdote sin necesidad de ser nombrado exorcista.

“Otra gran diferencia entre el exorcismo mayor y el exorcismo menor – explica el sacerdote y mueve sus manos en señal de que esto es sumamente importante– radica en que el primero se vale de oraciones imperativas a través de las cuales se le pide al demonio que salga del cuerpo de la persona, mientras que el segundo no es más que una oración de intercesión

a través de la cual se le pide a Cristo, a la Santísima Virgen María o a los Santos su intervención para que la persona sea liberada de una influencia demoniaca, donde el Diablo no se ha posesionado de su cuerpo, sino que anda alrededor de la persona, metiendo ideas y pensamientos malos”.

La oración para pedir por la salud de los enfermos constituye el último campo de trabajo de la Pastoral de la Liberación. Al respecto, explica que esta oración es utilizada para obtener de Dios la sanación de enfermedades de orden natural o para solucionar problemas emocionales o psíquicos, de recuerdos, resentimientos, rencores, odios y demás.

A casi 10 años de su publicación, el desconocimiento del *Ritual de Exorcismos* y la carencia de preparación en materia de discernimiento de los exorcistas, continúan generando abusos y excesos en la práctica.

Uno de los casos más escandalosos ocurrió en agosto del año 2000 en la localidad de Tlaxcalancingo, en el estado de Puebla, cuando el párroco del lugar realizó un doloroso exorcismo a una joven lo que le provocó graves lesiones en ambos antebrazos, a tal grado que tuvo que ser hospitalizada de emergencia. La Arquidiócesis de Puebla se vio obligada a pagar los gastos médicos, mientras que el sacerdote fue internado en una clínica psiquiátrica.

Mendoza Pantoja considera que este tipo de abusos responden a una enorme falta de formación, información y unificación de criterios entre quienes se dedican a esta pastoral y destaca la importancia del Primer Congreso Arquidiocesano de Pastoral de Liberación y los dos Encuentros Nacionales de Exorcistas, además de un tercero que viene en camino, organizados por la Arquidiócesis de México y a los que han asistido la mayoría de los exorcistas del país.

“Fui llamado por el cardenal Norberto Rivera Carrera a la Coordinación de Exorcismos de la Arquidiócesis de México, más que para expulsar

demonios, para formar a los sacerdotes y laicos en la Pastoral de la Liberación y, en ese sentido, conocer la terminología del *Ritual de Exorcismos* resulta ineludible”, explica.

–¿Tiene idea de cuántos exorcismos se realizan en la ciudad de México cada año?

– “Exorcismos mayores o solemnes nunca se han practicado, pues son muy raros. Creo que el papa Juan Pablo II tuvo uno o dos casos de verdadera posesión. En cuanto a los exorcismos menores u oraciones de liberación, se realizan cada semana. No tenemos cifras por una sencilla razón: son confidenciales.

El sacerdote asegura que fue hasta hace poco cuando empezó a llevar una especie de registro con el único propósito de presentar un informe de carácter confidencial al Arzobispo de México sobre la Coordinación General de Exorcistas, cuyo trabajo queda enmarcado dentro de la Pastoral de la Liberación.

Pese a ello, en agosto de 2005, en el marco del II Congreso Nacional de Exorcistas, el sacerdote había asegurado que cada uno de los exorcistas de la Arquidiócesis de México tenía diariamente entre cuatro o cinco casos de influencias demoniacas. “Tenemos también un día a la semana dedicado a la oración de liberación a la que asisten por lo regular entre 30 y 40 personas”.

Un caso típico de influencia demoniaca, enmarcada dentro de la categoría de *opresión*, llegó a manos del padre Pedro Mendoza hace unos meses, cuando una mujer, luego del fallecimiento de su abuela, decidió acudir a una sesión de espiritismo para comunicarse con ella.

Durante el acto, mientras se invocaba a la difunta, sintió que algo entró en su cuerpo y abandonó presurosa el lugar. Esa misma sensación la persiguió

durante algunas semanas hasta que finalmente se entrevistó con el sacerdote. Al entrar a la sacristía, en presencia del exorcista, la mujer comenzó a experimentar la misma sensación y, sumamente alterada, exigió al padre que la ayudara.

“En ese momento –cuenta Mendoza– la tomé de los brazos y dije: ‘En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, déjala, lárgate de aquí, no la molestes; ella es propiedad de Cristo, déjala en paz’. A partir de ese momento aquella mujer dejó de sufrir”.

La obsesión demoniaca, por su parte, suele tener características de espectacularidad, “toda vez que el demonio –según el *Ritual de Exorcismos*– se apropia, en cierto modo, de las fuerzas y de la actividad física del obseso”.

El sacerdote narra el caso de un joven profesionalista que a la edad de 30 años había decidido casarse, pero la repentina ruptura con su novia lo había sumido en profundas depresiones, al punto de desarrollar una epilepsia que le provocó convulsiones y ataques. Atemorizadas por el cambio drástico de la personalidad del joven, sus tres hermanas decidieron acudir al Coordinador de los Exorcistas.

“Llegó muy alterado, por lo que inmediatamente puse mis manos sobre su cabeza. En ese momento el joven cayó al suelo y comenzó a retorcerse en el piso hasta esconderse debajo de una banca”, cuenta Mendoza Pantoja.

Mientras el joven “serpenteaba” sobre el piso de la sacristía, el sacerdote aprovechó para recabar la mayor cantidad de datos posibles antes de determinar si se trataba de una posesión.

Tras enterarse de que había quedado huérfano desde los cuatro años y que las hermanas habían asumido el papel de madres, el exorcista pidió a éstas que abandonaran la estancia y comenzó a orar.

-“En el nombre de Jesucristo nuestro Señor, levántate y ya madura. Deja de comportarte como un niño”, dijo el exorcista dirigiéndose al joven, quien aún se retorció debajo de la banca.

“En ese momento –dice– el joven se puso de pie y se sentó en una silla. Después de una larga charla, terminó confirmándome lo que desde un principio había sospechado. Se trataba de un niño mimado que había entrado en crisis por miedo a tener que enfrentar la vida sin sus tres hermanas. No estaba poseído, era una obsesión demoniaca, es decir, problema mental que el demonio había aprovechado para fastidiarlo”.

Durante más de dos horas, Mendoza se ha manejado en el tema de los exorcismos sin ninguna reserva, pero ha llegado el momento de formular una pregunta incómoda. Sutilmente reviso que la grabadora siga en funcionamiento y la coloco sobre un libro de monseñor Corrado Balducci, titulado *La Possessione Diabolica* que el sacerdote tiene enfrente:

–Actualmente el tema de la posesión se ha matizado por opresión y obsesión, ¿no será cuestión de unos cuantos años para que se hable de simples enfermedades mentales sin tener que involucrar al demonio?

La pregunta no le perturba... quizás ya la esperaba. Estira ligeramente los pliegues de su chaleco gris y luego responde con una frase similar a la que utilizó el cardenal Jorge Medina Estévez durante la presentación del nuevo ritual en 1999:

–Los exorcismos tienen como punto de partida la fe de la Iglesia, según la cual existe Satanás y los otros espíritus malignos que buscan alejar al hombre de Dios. En este contexto es que realizamos la Pastoral de la Liberación.

–¿Dónde queda entonces la ciencia?

–La ciencia ha avanzado de manera impresionante, pero aún no ha logrado comprender mucho de la fenomenología de las influencias demoniacas. Las ciencias médicas explican todo desde el punto de vista de la psicología y en eso estamos de acuerdo.

–Entonces están de acuerdo en que...

–...Satanás actúa en la psicología del ser humano. Entra en la psique y ataca toda la podredumbre que hay adentro. Por ahí vienen siempre las *opresiones* y las *obsesiones* demoniacas. Además, el demonio provoca que los tratamientos médicos y psicológicos no funcionen y sea necesaria una terapia de fe, si ésta la realiza un sacerdote, qué mejor”.

El padre Mendoza se recarga en su silla, respira profundo y sonrío. Antes de continuar se toca suavemente el pecho a la altura del corazón...

Cuando la ciencia no responde

Anneliese Michel (1952–1976) fue el nombre de la joven católica, cuya trágica historia inspiró la película *El exorcismo de Emily Rose*, dirigida por Scott Derrickson en 2005.

Nacida en el estado de Bavaria, al sudeste de Alemania, Anneliese era una niña inteligente, aunque reservada. A los 16 años de edad comenzó a sufrir extraños ataques, razón por la cual los médicos le diagnosticaron epilepsia; sin embargo, su enfermedad empeoró a tal grado que tuvo que ser hospitalizada en una clínica psiquiátrica.

Años más tarde, tras abandonar el hospital, continuó sus estudios en la Universidad de Würzburg, donde se graduó en 1973. Durante todo ese tiempo la chica aseguraba escuchar voces y tener visiones, lo cual atribuía a una posesión demoniaca.

Los médicos que la atendieron no encontraron remedios eficaces ni una explicación satisfactoria a sus padecimientos, por lo que fue llevada por sus padres ante el párroco de Klingenberg, localidad donde vivían. También, en opinión del clérigo, Anneliese estaba poseída, así que recomendó un exorcismo.

Conforme al procedimiento católico, el caso fue investigado por una autoridad en la materia, el padre Adolf Rodewyk, quien se mostró de acuerdo con el diagnóstico del sacerdote y, por recomendación suya, el obispo de la Diócesis de Würzburg dio permiso para que se llevara a cabo el ritual. Los exorcistas elegidos fueron los reverendos Arnold Renz y Ernst Alt.

El 1 de julio de 1976, tras varios meses de exorcismo, la joven murió de desnutrición y deshidratación a la edad de 23 años. Pesaba sólo 31 kilos.

En marzo de 1978, los dos exorcistas y los padres de Anneliese fueron acusados de homicidio por negligencia bajo el argumento de que habían permitido que el estado de salud de su hija empeorara, hasta llegar a la muerte, sin ponerla en manos de los médicos.

Para la Iglesia católica la muerte de Anneliese fue una pesadilla que demostraba los peligros inherentes al *Ritual de Exorcismo* de 1614 y la poca distinción entre la responsabilidad sacerdotal y la médica.

“Durante los años anteriores a la muerte de aquella joven –explica el padre José Luis Guerrero, canónigo de la Basílica de Guadalupe– la Iglesia alemana había sido sumamente cautelosa al diagnosticar una posesión demoniaca. El mismo padre Adolf Rodewyk, jesuita de 81 años y quien avaló el exorcismo de Anneliese, había escrito un libro en el que recomendaba a los sacerdotes considerar las explicaciones médicas en los casos de aparente posesión y subrayaba la necesidad de nombrar una comisión de teólogos y médicos para analizar cada caso”.

Licenciado en Teología por la Universidad Gregoriana, y en Derecho Civil y Canónico por la Universidad de Letrán en Roma, el padre José Luis Guerrero Rosado es considerado uno de los sacerdotes más escépticos de la Arquidiócesis de México con relación a los supuestos casos de posesión o influencia demoniaca.

Sentado en una pesada silla de hierro forjado, frente a una gran puerta corrediza de cristal que da acceso al jardín de la casa sacerdotal en la que vive, Guerrero Rosado se reconoce partidario de las ciencias médicas y guarda su distancia con los exorcistas que desempeñan su ministerio en la ciudad de México.

Aunque cree en la existencia del Demonio como una verdad de fe para la Iglesia -al parecer más por su condición de sacerdote que por propia convicción- asegura que el concepto tradicional de demonios, como seres

espirituales, inteligentes, conscientes y rebeldes contra Dios, ha perdido fuerza, aunque no está totalmente superado.

“Todos los seres humanos, siempre y hasta la fecha, hemos atribuido los males que no entendemos, sean físicos o morales, a fuerzas hostiles a nosotros. Cuando se acepta la bondad de Dios, la explicación más simplista es inventar otro dios, tan malo como bueno es el primero, y decir que de éste viene lo bueno y del otro lo malo”, considera el sacerdote.

–¿Una explicación dualista?, le cuestiono, pero no responde. Balbucea un instante y luego respira hondo.

Mientras abre abruptamente su correspondencia, pienso en él como en un personaje único: ha sido en varias ocasiones “Abogado del Diablo”, es decir, persona que objeta, exige pruebas y descubre errores en los procesos de beatificación y canonización, pero duda seriamente de la acción del Maligno en el mundo. El padre Guerrero recobra la charla sin ningún problema. La pregunta no ha sido desechada, aunque sí meditada.

–Efectivamente, es una explicación dualista y mentalmente muy cómoda, pues nos exime del esfuerzo de pensar y de aceptar que Dios, el Dios infinitamente bueno, puede desear y mandarnos males, es decir, bienes que no nos gustan, por lo que ese dualismo es y será siempre una gran tentación.

–Pero Jesucristo hablaba de Satanás y también expulsaba demonios.

–El hecho de que Cristo haya aceptado, combatido y autorizado que intercedamos en la posesión se explica como consecuencia lógica e inseparable de su encarnación, pues siendo hombre verdadero, realmente se despojó de sus prerrogativas divinas y asumió los muchos límites humanos, entre ellos el del conocimiento de su época,

que veía al demonio en toda enfermedad que no entendía, como la epilepsia, por ejemplo”.

Durante la década de 1990, monseñor Guerrero atendió una gran cantidad de casos de supuesta posesión demoniaca en la Arquidiócesis de México. En el alba del siglo XXI está convencido de que las ciencias médicas, particularmente la parapsicología, ha sido fundamental para entender la fenomenología que se desprende de estos casos.

“Hay razones para considerar que todo lo que se describe como posesión diabólica, aún lo más espectacular y horroroso, tiene una explicación natural y hay formas más fáciles de curar esos trastornos sin necesidad de llegar al exorcismo”, afirma.

La parapsicología designa la investigación de los llamados fenómenos paranormales a través de métodos científicos. En términos generales, esta disciplina –a la cual aún no se le ha otorgado el *estatus* de ciencia– estudia la existencia de la percepción extrasensorial, la telepatía, la clarividencia, la premonición y la telequinesis.

Los primeros intentos por investigar de manera seria algunos acontecimientos paranormales comenzaron en Londres a finales del siglo XIX por un grupo de intelectuales encabezados por Henry Sidgwick, economista y filósofo británico, fundador de la Sociedad de Investigación Psíquica.

Fue hasta 1934 cuando el norteamericano Joseph Banks Rhine dio a conocer los primeros resultados sobre percepción extrasensorial a través de un libro con el mismo nombre, el cual despertó fuertes críticas en la esfera científica. Tres años más tarde Rhine publicó *Nuevas fronteras de la mente*, que pronto se convirtió en un *bestseller*.

En los años subsecuentes, Rhine, también llamado Padre de la parapsicología científica, se dedicó a estudiar las condiciones que favorecían la presencia de estos fenómenos extrasensoriales en los individuos.

Descubrió entonces que la influencia de elementos como el estado de ánimo y la actitud de la persona eran importantes; estudiaba las circunstancias, el ambiente y las respuestas psíquicas de los sujetos que eran analizados.

Durante la década de 1950, un mayor número de investigadores comenzó a interesarse en esta disciplina y llevaron a cabo experimentos más especializados y sofisticados, que abrieron la puerta para que la parapsicología se enseñara en instituciones como la Universidad de Utrecht (Holanda), Universidad de Duke (Estados Unidos) y la Universidad de Leningrado (actual San Petersburgo, en Rusia).

En 1969, la American Association for the Advancement of Science avaló la “Parapsychological Association”, organismo profesional de parapsicólogos norteamericanos, hecho que le dio cierta seriedad a este campo de estudio.

En la actualidad, a pesar de que la parapsicología ha sido fuertemente cuestionada y desacreditada, no pocos investigadores consideran que la fenomenología de las posesiones suelen encontrar respuesta en esta disciplina.

Es el psicoanálisis de Sigmund Freud el que ha arrojado grandes luces en torno a los casos de supuestas posesiones. La obra escrita del célebre neurólogo y libre pensador austriaco incluye la presentación de dos casos ampliamente documentados.

El primero de ellos, titulado *Una neurosis demoniaca en el siglo XVII*, fue escrito en 1923 a solicitud de un religioso que había descubierto en una biblioteca un manuscrito proveniente del Monasterio de Mariazell, en el que se relataba la historia de la “curación milagrosa” del pintor bávaro Christopher Haitzmann, quien estaba convencido de que el demonio lo había poseído de manera gradual.

En su artículo, Sigmund Freud estudió detalladamente el caso de aquel hombre, atacado de convulsiones en 1677 (años después de haber firmado un ‘pacto con el diablo’) y curado gracias a un exorcismo.

Tras estudiar a detalle el manuscrito y las pinturas que, según el propio Haitzmann, le eran ordenadas por el demonio, Freud demostró que su padecimiento no era más que una grave neurosis, de la cual pudo recuperarse gracias a la representatividad plástica de lo que le atormentaba. El texto también parte del supuesto de que las enfermedades neuróticas durante la Edad Media se presentaban con una vestidura demonológica.

El otro caso documentado es el de un joven que aseguraba ser visitado por el Diablo durante las noches. Su médico le diagnosticó que se trataba de una anemia cerebral (durante el siglo XIX se ocupó este término para designar algunos trastornos mentales), para cuya recuperación era necesario abandonar Viena y alimentarse con frutas y verduras del campo. Un año después, el joven regresó totalmente curado.

Instalado nuevamente en la capital austriaca, él reconoció que sus alucinaciones fueron consecuencia de sus deseos sexuales reprimidos al pertenecer a una familia conservadora. Las primeras excitaciones sexuales, que le provocaban la erección del pene y el hervor de la sangre, le acarrearán fuertes miedos ante la posibilidad de ser castigado por sus padres.

Coincidió que las primeras veces en que el joven experimentó la excitación sexual, las ramas de un árbol golpearon su ventana. Pronto empezó a ver en las ramas la figura del Diablo y después su rostro. Conforme pasó el tiempo, bastaba el hecho de escuchar que las ramas golpeaban la ventana para observar con claridad la cara del demonio.

Finalmente, el hombre quedó sanado, pero no por las frutas ni las verduras, sino porque al salir de Viena llegó a un pueblo en el que pronto comenzó una vida sexual activa.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, existen enfermedades cuya sintomatología puede parecer una posesión demoniaca: la neurosis y la psicosis. La primera de ellas está compuesta por la obsesión y por la histeria, mientras que la esquizofrenia y la paranoia conforman la segunda.

El psicoanalista José Eduardo Tappan afirma que el universo de las personas que aseguran estar poseídas por un demonio caben en alguno de estos dos campos, aunque en sus presentaciones más graves: crisis de psicosis o histerias graves.

Es fundamental entender el mecanismo estructural de la psicosis de la posesión, considera Tappan, quien durante décadas ha estudiado este tipo de fenómenos: “si un hombre camina por la calle, de pronto escucha su nombre, voltea y no ve a alguien, suele pensar que fue su imaginación. El psicótico, en cambio, asegura que alguien le habló y quien diga lo contrario está en su contra.

“Aquello a lo que nosotros llamamos la ‘voz de la conciencia’ o el ‘superyo’, el psicótico le da un sentido de exterioridad. Su “yo”, cuya encomienda es dar una explicación de lo que está ocurriendo (voces, alucinaciones), no lo logra y el individuo resulta fuertemente atormentado por el ‘superyo’”, explica.

Profesor de la Universidad Iberoamericana, Tappan Merino considera que los casos graves de neurosis son todavía más fáciles de tratar que los delirios psicóticos, los cuales suelen ser muy contundentes: “el psicótico no es tonto, le da sentido a todo lo que escucha y lo que ve, aunque no lo tenga. Sus ideas están hiladas perfectamente y por lo general se sirven de Dios, de Cristo, del Diablo o del FBI, es decir, de instancias y cosas que consideran muy superiores”.

–¿El psicoanálisis ha logrado explicar la fenomenología de los exorcismos?

–Completamente.

El también antropólogo asegura que los criterios que establece el *Ritual de Exorcismos* para diagnosticar una posible posesión tienen una explicación científica comprobada.

Sobre el primero de ellos, que consiste en manifestar o informar cosas que han ocurrido lejos o en secreto de la persona, considera que tiene que ver con los llamados oráculos, no el sentido antiguo de la respuesta que supuestamente daban los dioses a su pueblo por medio de sacerdotes, sino como la capacidad de algunas personas de tener comunicación con todo lo que están captando en el inconsciente.

“Hay gente psicótica que en estado de crisis genera una condición de túnel y logra ver rasgos o mirar cosas que muchas personas emanan. Y es que, a nivel inconsciente todos los seres humanos tenemos una parábola de oro muy fina que nos permite captar mucha más información de la que somos capaces de procesar de manera consciente”, enfatiza.

Tappan Merino –escéptico de la parapsicología– explica que el segundo signo que la Iglesia pide para contemplar la posibilidad de una posesión es hablar o entender lenguas desconocidas, y en ese sentido considera que hay

personas con una gran capacidad para registrar en el inconsciente un idioma con el que tuvieron contacto a lo largo de su vida.

Comenta el caso de un joven que a la edad de 18 años comenzó a hablar en alemán. Aquel chico no tenía registro de haberlo aprendido nunca y nadie sabía lo que estaba pasando, pues no sólo hablaba, sino que también entendía ciertas cosas en dicho idioma. El asunto se aclaró cuando la madre de aquel joven recordó que luego de dar a luz a su hijo, ella fue aceptada en una casa de alemanes para trabajar como empleada doméstica. A pesar de que el niño no salía de la cocina y del cuarto de servicio, el poco contacto que tuvo con los dueños de la casa fue suficiente para elaborar un registro del idioma en el inconsciente.

El padre José Luis Guerrero coincide con Tappan en el sentido de que este signo no puede ser considerado de carácter sobrenatural. “Basta el hecho de ver una película en japonés con subtítulos en español para que el idioma quede registrado en el subconsciente. En un momento de crisis éste puede manifestarse”, explica.

El número 16 del *Ritual de Exorcismo* señala que también el hecho de mostrar “fuerza por encima de la naturaleza, de la edad o condición del sujeto” constituye el tercer signo. Al respecto, el psicoanalista afirma que está totalmente comprobado que cuando existe una dosis fuerte de adrenalina en el cuerpo, por alguna circunstancia, el ser humano puede hacer cosas que sin esa sustancia le serían imposibles, como doblar gruesas varillas de hierro o dar saltos impresionantes.

“Estos tipos de fuerza excesiva, en estados alterados de conciencia, como es la psicosis, son comunes”, aclara.

Si bien estos son los tres signos que según la Iglesia pueden ser atribuidos a una posesión diabólica, el ritual pide prestar especial atención a otro más de índole espiritual o moral que pudieran manifestar, de algún modo, la

intervención del demonio, como por ejemplo la aversión a Dios y a todo lo que tenga que ver con él.

Para el sacerdote Guerrero Rosado, a quien muchos laicos responsabilizan de que una gran cantidad de sacerdotes de la Arquidiócesis de México no crean en Satanás, este signo tiene una explicación más sencilla: “Si una persona cree estar poseída por el demonio, actúa como el demonio para tratar de convencer, de la misma forma en que un chiflado que se cree Napoleón actúa como Napoleón”.

Tappan, en cambio, considera que la aversión a Dios y a los símbolos sagrados está revestida por formatos culturales y sociales que utiliza el “yo” para tratar de explicar lo que ocurre en la persona.

En este sentido, afirma que el Diablo está siendo desplazado y ahora las fantasías son de orden cibernético, excepto en algunas zonas rurales de México, “donde el ‘yo’ continúa legitimando las fantasías con los materiales culturales con que cuenta: el diablo, las mitologías y consideraciones populares”.

Asegura que actualmente muchas personas llegan a las instancias de Derechos Humanos “con la acusación de que Televisa les insertó una cámara y un radio en el cerebro. Otra persona asegura que su vecino tiene una computadora que ha conectado a los ladrillos y que está metiéndose en su cerebro”.

El padre Enrique Maldonado, exorcista emérito de la Arquidiócesis de México, testifica haber tenido contacto, hace algunos años, con una persona que manifestaba tres de los cuatro signos de posesión.

Se trataba de una mujer de 18 años, delgada y pequeña, que había llegado a la parroquia acompañada por sus familiares en busca de auxilio espiritual. Refiere Maldonado que en ese momento él se encontraba ausente, por lo

que aquellas personas habían tenido que esperar fuera, en la acera, frente a la puerta principal de la iglesia.

“Justo cuando doblé la esquina –dice– en dirección a la parroquia, la chica logró zafarse de sus familiares y corrió hacia mí para lanzarse como un gato sobre mi cuello... la tuvieron que detener entre seis personas”. Para el sacerdote, lo más extraño fue que aquella joven jamás le había visto y en ese momento no vestía ni sotana ni alzacuello.

Ya en privado, dentro de la parroquia, las personas confesaron que existía en la familia una gran devoción por los ritos de vudú, inculcada por sus antepasados. La abuela, quien era la principal practicante, había fallecido y desde entonces la nieta empezó a tener ciertas manifestaciones sobrenaturales, particularmente cuando asistía a misa o se encontraba ante símbolos sagrados.

“Después de medio año de terapia –reconoce el sacerdote con una actitud más de psicólogo que de clérigo–, siempre frontal para desafiar la realidad de la fenomenología, descubrí en situaciones totalmente humanas las perturbaciones de aquella mujer”.

Licenciado en Psicología Clínica y con una maestría en Psicoterapia Familiar, Enrique Maldonado comparte la postura del psicoanalista José Eduardo Tappan, con relación a que todos los síntomas que actualmente se asocian con la posesión diabólica pueden ser tipificados como conductas perturbadas que cuadran perfectamente con problemas de neurosis y psicosis, pero agrega uno más: la doble o múltiple personalidad, fenómeno ampliamente estudiado en el siglo XX y relacionado con los casos de posesión debido a sus características: transformación de los rasgos faciales y de la voz a tal grado que hablan como una persona diferente.

El presbítero, considerado uno de los sacerdotes más moderados en el ámbito de la liberación en virtud de su formación profesional, explica que

detrás de muchos casos de supuesta posesión se pueden reconocer, independientemente de los problemas de satanismo o espiritismo, historias de abandono, de rechazo paterno o materno, e incluso de abuso sexual a temprana edad.

“Es muy común –abunda– que algunas personas identifiquen al demonio con un varón amenazante desde el punto de vista sexual. Cuando esto ocurre, lo primero que uno tiene que sospechar es que la persona fue abusada sexualmente, quizás por algún hermano mayor o por su propio padre”.

Para José Eduardo Tappan, el psicoanálisis, comparado con otras ciencias médicas como la psiquiatría, ha arrojado excelentes resultados en este campo debido a que los psicoanalistas trabajan “desde el delirio”, considerando que es cierto que la persona ha sido poseída.

“Hay que trabajar delirio con delirio. Si el contenido de éste es que la persona está siendo poseída, se le debe preguntar cómo es su diablo, por qué lo eligió él y no a otra persona y qué es lo que puede hacer con ese demonio. Algunos psiquiatras lo que hacen es querer convencerlos de que no es más que una fantasía y lo único que logran es que el paciente se apertreche y la terapia no funcione”.

“Lo que se busca en el psicoanálisis es encontrar una fractura en ese delirio, tan perfectamente construido y a partir de ahí, insertar algo del orden de la propia responsabilidad del individuo”, dice.

En el psicoanálisis los delirios son intentos desesperados de las personas de buscar ligas para no perderse. “Freud decía que lejos de que el delirio sea un síntoma puramente negativo, es el elemento esencial para traer a la persona nuevamente a un orden simbólico estable”, agrega.

Mientras que el padre José Luis Guerrero considera que no es necesario llegar al exorcismo para atender este tipo de casos, Tappan Merino y Maldonado García ven en esta práctica la solución a muchos problemas, tanto psicológicos como espirituales.

“Cuando las ciencias médicas no responden –dice el psicoanalista y antropólogo– la terapia de fe es la mejor. Y es que el sacerdote no cuestiona la estructura de creencias de las personas. Los sacerdotes, al igual que los psicoanalistas, trabajan también desde adentro del delirio. La diferencia radica en que los primeros lo creen y los segundos sólo simulan creerlo”.

¡Sal de este cuerpo que no te pertenece!

–Santa María Madre de Dios, dice el sacerdote.

–¡Ruega por nosotros!, responde la asamblea.

–San José, esposo de la Virgen.

–¡Ruega por nosotros!

–San Juan Bautista.

–¡Ruega por nosotros!...

–San Pedro.

–¡Ruega por nosotros!

Es la *Letanía de los santos* y está a punto de comenzar el exorcismo. Es un momento solemne. De un instante a otro el sacerdote pronunciará la oración:

“Dios todo poderoso y eterno que has enviado a tu hijo al mundo para librarnos del demonio de Satanás, espíritu del mal, y llevarnos así, arrancados de las tinieblas, al reino de tu luz admirable; te pedimos que este niño, lavado del pecado original, sea templo tuyo, y que el Espíritu Santo habite en él”.

Se hace el silencio, no hay gritos ni convulsiones ni blasfemias en el templo. El sacerdote moja su dedo pulgar con aceite consagrado y lo lleva lentamente hasta el pecho del pequeño, mientras reza: “Para que el poder de Cristo Salvador te fortalezca te unguimos con este óleo de salvación en el nombre del mismo Jesucristo, Señor nuestro que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén”.

El exorcismo se ha consumado. Los padrinos abrochan los botones del immaculado ropón, mientras el sacerdote continúa con el rito del Bautismo.

La Iglesia católica nunca ha abandonado la práctica de los exorcismos como un acto destinado a expulsar o alejar al demonio de las personas, lugares u objetos. Veinte siglos no han sido suficientes para terminar con tan discutido acto de fe, que no se resigna a morir.

El exorcismo, en su forma más sencilla, se realiza durante la celebración del sacramento del Bautismo, cuando el sacerdote eleva la “oración del exorcismo” sobre el niño que aspira a formar parte de la Iglesia y cuyos padres y padrinos renuncian, en su nombre, a las fuerzas y poderes de Satanás y de sus huestes.

De acuerdo con el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el exorcismo tiene lugar cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona u objeto sean protegidos contra las asechanzas del maligno y sustraídos a su dominio.

El padre Gabriele Nanni, uno de los 400 exorcistas avalados por la Iglesia en Italia, explicó durante el I Congreso Nacional de Exorcistas celebrado en el Estado de México en 2005, que el término “exorcismo” tiene una connotación sensacionalista, incluso para muchos sacerdotes y teólogos, lo cual responde en gran parte al tratamiento que ha hecho el cine y la literatura sobre el tema.

Doctor en Derecho Canónico y exorcista de la diócesis de Modena, Nanni considera que el exorcismo debe ser entendido como un acto de fe a través del cual se invoca la presencia de Dios delante de una persona en la que el sacerdote ha observado conductas y signos que considera demoniacos, y ante los cuales la Iglesia católica se ha manejado con mucho cuidado y prudencia.

En este sentido, el *Ritual de Exorcismos* publicado en 1999 por la Santa Sede constituye el documento regulador más importante en materia de liberación. El texto describe, de forma detallada, las normas para discernir

entre una simple influencia del Demonio y una auténtica posesión, los criterios que debe considerar el obispo de cada diócesis para designar a un sacerdote exorcista, así como las condiciones y formas en las que se debe realizar el exorcismo mayor o solemne cuando el ministro tiene la certeza moral de que existe una posesión demoniaca.

Diversos especialistas coinciden en que el nuevo ritual buscó continuar de manera “sabia” la antiquísima misión liberadora de la Iglesia –al reconocer incluso la importancia de recurrir a las ciencias médicas–, pero al mismo tiempo se convirtió en un obstáculo para muchos sacerdotes debido a las nuevas medidas reguladoras y la falta de claridad o precisión en algunos términos.

Tras la publicación del texto elaborado por la Congregación Pontificia para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a finales del siglo XX, el primer gran conflicto se derivó de la eliminación del llamado exorcismo de diagnóstico.

El padre dominico Francois-Marie Dermine, una de las máximas autoridades en la materia, quien también participó en el Congreso Nacional de Exorcistas, reconoce que dicha supresión cambió de forma drástica la práctica del exorcismo en la Iglesia, a la par que provocó un gran desconcierto en muchos sacerdotes responsables de este ministerio.

“El antiguo ritual –explica– permitía el uso del exorcismo como medio de diagnóstico, pues durante el rito comenzaban a suscitarse reacciones adversas a los objetos y signos sagrados, con lo que el exorcista tenía una prueba clara de la presencia del demonio en la persona. El nuevo ritual, en cambio, lo prohíbe”.

Si bien admite que esta medida tiene aspectos positivos, pues en ocasiones el exorcismo de diagnóstico inducía a las personas a creerse poseída, Dermine considera que la aversión a lo sagrado es uno de los signos más

importantes para determinar una posesión, por lo que “el nuevo ritual, al eliminar el exorcismo de diagnóstico, desarmó en la práctica a los sacerdotes”.

Sin embargo, esta limitante llevó a que muchos exorcistas adoptaran medidas extraordinarias para “obligar al demonio a manifestarse” sin tener que recurrir al elaborado rito.

“Actualmente, las comunidades se reúnen en torno del posible poseso, hacen oración, penitencia y ayunan; también lo hace, siempre y cuando sea posible, la persona afectada. En medio de este ambiente de santidad, el demonio no aguanta más y se manifiesta. Entonces sí se puede realizar el exorcismo mayor sin haber desobedecido a la Iglesia”, explica Francois-Marie Dermine, quien asegura estar convencido de la oración como “modo de presión” para que el demonio se evidencie.

“En una ocasión –cuenta– mientras oraba en silencio, en una lengua extranjera y de espaldas a una jovencita, de la cual sospechaba que estaba poseída, ésta me encaró y, con los ojos echados para atrás, me dijo: *es inútil que reces en esa lengua, nosotros las conocemos todas*”.

Sin embargo, Dermine considera que el nuevo ritual trajo consigo un problema aún mayor: “la relación y colaboración entre el exorcista y los médicos, psiquiatras o psicoterapeutas”.

El religioso dominico, profesor de Teología en Bolonia, Italia, señala que el exorcista debe dar una lectura más exacta al punto 17 del nuevo ritual, que pide “consultar a expertos en la ciencia médica y psiquiátrica”, pues desde entonces –dice– algunos sacerdotes no practican el exorcismo si antes no cuentan con un certificado médico que testifique que la persona está libre de cualquier patología.

“Esto no es lo que pide la Iglesia. El ritual llama a consultar a un experto sólo si es necesario; es decir, si el exorcista tiene duda sobre la posible posesión”, aclara.

“El problema se agrava –continúa– cuando el exorcista llega a cometer el gran error de obligar al médico o al psiquiatra a determinar si la persona está o no poseída, lo cual es absurdo, pues el médico puede decir si hay o no una patología, pero no es experto en posesiones. El exorcista es quien debe asegurar si está o no el diablo en la persona”.

El religioso coincide en que en la actualidad una gran cantidad de personas aseguran estar poseídas cuando en realidad se trata de enfermedades patológicas.

“Una vez –recuerda– llegó a mis manos una mujer que decía estar poseída. Cuando comencé a rezar frente a ella, empezó a gritar y a lamentarse. Le acerqué entonces un crucifijo a la espalda y las reacciones se acentuaron. ‘Me quema’, gritaba la mujer. Repetí la operación y volvió a gritar. Lo hice una tercera vez, pero en lugar del crucifijo le coloqué una pluma de escribir... la mujer siguió gritando ‘me quema’. Este era un caso patológico”.

Según Dermine, actualmente la mitad de las personas que llegan con un exorcista tienen problemas patológicos: “el 30 por ciento son casos de personas espantadas de sus propios problemas, de los que no saben cómo salir. No más del 20 por ciento tiene necesidad de oración de liberación o de exorcismo”.

Comprender la diferencia entre exorcismo menor (oración de liberación) y exorcismo mayor (exorcismo solemne) es otra de las dificultades que han persistido tras la publicación del nuevo ritual, que obliga a los sacerdotes a discernir cuándo es necesaria una simple oración de liberación y cuándo un exorcismo solemne.

El *Ritual de Exorcismos* está dividido en dos partes: la primera toca el tema de las oraciones de liberación y la segunda la del exorcismo solemne; esta última contempla las oraciones imperativas con las que se ordena al demonio abandonar el cuerpo del poseso.

“Muchos sacerdotes aún no logran entender la diferencia entre uno y otro exorcismo, mezclan los ritos, para ellos sólo hay un exorcismo y esto crea mucha confusión en los fieles al creerse de verdad poseídos”, explica Dermine.

Fundada en 1990 por el polémico exorcista Gabriele Amorth, la Asociación Internacional de Exorcistas, cuyo presidente actual es el padre Giancarlo Gramolazzo, ha empeñado los últimos años en la organización de congresos de talla internacional con la finalidad de explicar y coadyuvar en la interpretación del nuevo ritual.

En el campo de las posesiones, la asociación distingue tres géneros:

El primero de estos tiene que ver con aquellas personas que se han consagrado voluntariamente a Satanás mediante un ritual de iniciación en alguna secta. El pacto puede ser de forma escrita (con su propia sangre) o verbal.

“Dentro de las sectas satánicas existen diferentes grados de ofrecimiento, uno de ellos es la consagración de la inteligencia y de la voluntad. Cuando se realiza un exorcismo a una de estas personas suele ser demasiado cansado y ocurre todo tipo de manifestaciones”, explica el presidente del organismo, padre Giancarlo Gramolazzo, aunque reconoce que no todas las personas que se consagran a Satanás quedan poseídas.

“Con estas personas –advierte– si no aceptan cambiar de vida y renunciar completamente a Satanás, no hay nada qué hacer. Intentar liberarlos es sólo una pérdida de tiempo”.

El segundo género de posesión que distingue la asociación tiene que ver con las personas que, de manera voluntaria “aunque con cierto miedo”, ingresan en el oscuro mundo de la adivinación, la clarividencia, el ocultismo y el espiritismo, entre otras muchas prácticas.

En opinión del padre Gramolazzo, vertida durante el II Congreso Nacional de Exorcistas, “en estos juegos el demonio exige un pago muy grande por su asistencia y paulatinamente somete a las personas a diversas persecuciones o tormentos”.

Aunque asegura que en estos casos es muy difícil llegar a una auténtica posesión, aclara que estas personas no pueden hacer una vida normal sin acudir a un sacerdote o por lo menos someterse a un exorcismo menor u oración de liberación.

La tercera categoría “tiene que ver con almas santas, totalmente ajenas a Satanás”. Según explica el clérigo italiano, estas personas son víctimas de un dominio demoníaco que, con el permiso de Dios, podría llegar hasta la posesión.

Para el sacerdote, el tormento de estas “almas santas” puede ser mucho más doloroso, toda vez que se encuentran con la incompreensión en su ambiente de vida. Explica el caso de una religiosa consagrada que desde pequeña había sentido el deseo de entrar en un monasterio de clausura. A los 22 años ingresó a una congregación y comenzó a llevar una vida apegada a Cristo. Su primer año de experiencia lo vivió con mucho entusiasmo, hasta que un día comenzó a enfermar.

“Estando internada en el hospital –narra Gramolazzo– los médicos no sabían a qué se debía su enfermedad. Sus superiores pensaban que se trataba de una depresión ya que mostraba dificultades y cansancio para hacer oración. Fue enviada con el psiquiatra, quien le recetó fármacos, pero

los efectos fueron contrarios; si tomaba una medicina para dormir, no dormía”.

Su director espiritual pensó que podría haber una situación extraña en ella y decidió practicarle un exorcismo. “Los efectos fueron de una posesión. La joven empezó a mostrar una fuerza extraordinaria cuando antes era incapaz de levantar una silla, empezó a hablar al revés”.

Gramolazzo atendió el caso y descubrió que la joven había hecho una promesa de consagrarse en beneficio de sacerdotes alejados de Dios y de personas metidas en el esoterismo y ocultismo.

“La chica aún vive –dice– es un alma santa a la que Satanás castiga fuertemente porque quiere que renuncie a esa consagración, pues su sacrificio le está llevando muchas almas a Dios. Este es un ejemplo claro de que las posesiones no se dan únicamente en personas que están alejadas de Dios”.

Francois-Marie Dermine y Giancarlo Gramolazzo coinciden en que las auténticas posesiones son muy raras. En la mayoría de los casos –señalan– cuando se habla de exorcismo estos deben entenderse como exorcismo menor u oración de liberación, “aunque –reconoce Dermine– existen sacerdotes que quebrantan lo estipulado por la Iglesia al recurrir al gran exorcismo a pesar de que no exista una auténtica posesión, sino de una influencia demoniaca.

El papa Juan Pablo II realizó un exorcismo solemne en 1982. Según el obispo francés Jacques Martin, uno de los colaboradores más cercanos al pontífice fallecido, el obispo de la localidad de Spoleto, en Italia, llegó el 4 de abril de ese año a la audiencia papal en el Vaticano con una mujer poseída.

El Pontífice tomó el caso y mientras los gritos de la joven “que se arrastraba por el piso y aullaba”, se escuchaban fuera de la sala de audiencias, el Papa oraba y pronunciaba fórmulas imperativas para echar fuera al demonio.

Muy impresionado por lo que acababa de vivir, Juan Pablo II comentó al obispo de Spoleto: “Nunca me había sucedido algo así en mi vida. Una verdadera escena bíblica”.

Un año después, la joven, totalmente curada, regresó con su esposo al Vaticano para anunciarle al Papa que iba a ser madre. Relata Martin que antes del exorcismo, el demonio la había alejado de todos, incluso de su esposo y, en consecuencia, de la alegría de la maternidad.

Al igual que el *Gran Exorcismo* de 1614, el nuevo ritual destaca tres señales que permiten reconocer la presencia del maligno en un ser humano: el hecho de hablar con palabras en una lengua desconocida o entender al que la habla, saber cosas distantes u ocultas y manifestar fuerzas por encima de la naturaleza de la edad o condición del sujeto poseso.

El mismo texto reconoce que estos signos, si bien pueden ser un indicio, podrían también no ser atribuidos necesariamente a la posesión diabólica. “En cuyo caso –explica– debe prestarse atención a otros posibles signos de índole espiritual o moral que pudieran manifestar la intervención diabólica, como por ejemplo la aversión a Dios, al Santísimo nombre de Jesús, a la Bienaventurada Virgen María, a los santos, a la Iglesia, a la palabra de Dios, a los objetos sagrados, a los ritos, especialmente sacramentales y a las imágenes sagradas”.

En el alba del siglo XXI el *Ritual de Exorcismos* dista mucho de ocupar, en los estantes de las sacristías, el mismo lugar que el *Gran Exorcismo* de 1614, pues su éxito o fracaso es proporcional a la credulidad o

escepticismo de los propios sacerdotes en la existencia de Satanás, figura tan desdeñada y olvidada en las últimas décadas.

Por esta razón, no es de extrañarse que la opinión pública vuelva la mirada hacia al Vaticano, cuya cabeza, el papa Benedicto XVI, no ha titubeado en afirmar “que el Diablo es, para la fe cristiana, una presencia misteriosa, pero real; no meramente simbólica, sino personal”. Tan decidida visión – consideran algunos analistas– quita el sueño a no pocos católicos modernistas.

Los exorcistas

La escabrosa misión de expulsar demonios se ha convertido en un seductor oficio para grupos de fanáticos que se obstinan en desobedecer el magisterio de la Iglesia católica y amenazan con apropiarse de peligrosos terrenos espirituales, celosamente resguardados por la Coordinación General de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, organismo que se debate entre el fanatismo laical y el escepticismo clerical.

Mientras tanto, un reducido grupo de sacerdotes se juega literalmente la vida en la peligrosa faena de arrebatarle almas al Diablo para llevarlas al camino de Dios.

Un oficio desatendido

- Padre, hágame el exorcismo. ¡Se lo suplico!
- Ya le dije que usted no está poseída. Ya sáquese esa idea de la cabeza.
- Pero me estoy muriendo.

Hace un par de años, el coordinador de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, el padre Pedro Mendoza Pantoja, fue testigo de un caso de influencia demoniaca que lo llevó a reflexionar seriamente sobre la urgencia inaplazable de promover entre los sacerdotes de la ciudad de México la importancia de la Pastoral de Liberación.

El caso involucraba a una mujer de avanzada edad, cuyo intestino grueso –según estudios clínicos realizados– se hallaba prácticamente inservible. Los médicos le habían advertido sobre la urgencia de extraer la parte

afectada, que representaba el 90 por ciento del colon; de lo contrario, la muerte era inminente.

El dramático diagnóstico y la inevitable desesperación, llevaron a aquella mujer a recurrir a actos de brujería con la esperanza de obtener, por esa vía, una solución a su padecimiento. Pero ésta jamás se dio y a su sufrimiento se agregaron una serie de sentimientos negativos que la atormentaban día y noche.

“El colon efectivamente estaba destrozado –recuerda Mendoza Pantoja–, parecía un chorizo. Pero además había otro tipo de tormento provocado por el demonio, ya que éste se sentía con autoridad sobre ella por haber recurrido a la brujería”.

Tras analizar el caso, después de varias entrevistas, el sacerdote consideró que la severa afectación intestinal había tenido su origen muchos años atrás por una cuestión meramente afectiva, ya que aquella mujer se había casado bajo presión, pues los problemas económicos de su padre la habían obligado a aceptar como esposo a un hombre mayor, cuya posición económica era privilegiada. La mujer se sentía comprada... utilizada.

“Su matrimonio es nulo –le dijo categórico el sacerdote, tras escuchar su testimonio–, por lo que puede separarse y hacer su propia vida. Pero piénselo bien, ya es grande, tiene tres hijos y está muy enferma. Lo mejor que puede hacer es aprender a amar a su marido”.

El exorcista pronunció sobre ella dos oraciones, una de sanación y otra de liberación, esta última por haber participado en actos de brujería y le pidió que no tuviera miedo a la intervención quirúrgica si de ello dependía su vida.

El sacerdote cuenta que ese mismo día, la mujer visitó la Antigua Basílica de Guadalupe, en el Tepeyac, donde “el Rector del templo elevaba el

Santísimo Sacramento en el marco de una procesión. La enferma estiró su mano, y mientras tocaba la enorme custodia dorada, pronunció las siguientes palabras: ‘Señor, me pongo en tus manos’, y de ahí partió al hospital para atenderse”.

Unos días más tarde –concluye el exorcista– aquella mujer se presentó en la parroquia con los resultados de los últimos estudios que los médicos le habían ordenado como requisito previo para la operación. “Asombrada y con un rostro radiante, aseguraba que su intestino grueso se encontraba milagrosamente sano”.

Para el Coordinador de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, la Pastoral de Liberación va más allá de las posesiones demoniacas, “que son poco comunes, ya que la mayor parte de los casos tiene que ver con enfermedades, problemas psicológicos o influencias demoniacas, y para ello el sacerdote no necesita el nombramiento de exorcista, sino tener la capacidad y la voluntad de canalizar a las personas a un médico, a un especialista de la mente, o bien, para realizar el exorcismo menor u oración de liberación, para lo cual está facultado”.

Convencido de que en la actualidad el mundo sucumbe ante lo que el papa Juan Pablo II denominó la “cultura de la muerte”, Mendoza Pantoja lamenta el gran escepticismo que pesa sobre los sacerdotes con relación a Satanás y todo lo que tenga que ver con él.

Calcula que sólo uno de cada diez sacerdotes se interesa en la Pastoral de Liberación: “La mayoría de los presbíteros, incluso algunos obispos, evitan hablar del tema, porque simplemente no les interesa”, asegura.

Esta situación, sin embargo, ha encendido focos rojos en la Arquidiócesis de México, considerada la más grande del mundo, con un aproximado de diez millones de fieles, donde se cuenta únicamente con un reducido equipo de siete exorcistas; es decir, uno por cada millón 430 mil fieles. En

contraste, en Italia, un país con 50 millones de católicos, se tienen por lo menos 400 exorcistas, por lo que la diferencia proporcional resulta abismal.

Antes de 1998, año en que el cardenal Norberto Rivera Carrera creó la Coordinación General de Exorcistas, no había un solo exorcista nombrado en la ciudad. “El padre José Luis Guerrero era quien analizaba este tipo de casos, pero siempre con un enfoque parapsicológico o antropológico”, dice.

La situación se torna aún más complicada si se atiende al hecho de que uno de los siete exorcistas tiene fama de ser escéptico: “Si se trata de una cuestión espiritual, atiendo a la persona, pero si comienza a gritar o hacer cosas raras, entonces le pido que vaya a visitar a un psicólogo”, asegura el sacerdote Francisco Boluda Pérez, exorcista de una de las ocho zonas pastorales en las que se divide la Arquidiócesis de México.

El periódico *Reforma* dio cuenta de esta situación en abril de 2007: “Francisco Boluda y Pedro Mendoza, dos estilos de combatir el mal. Uno sí cree en el Diablo, el otro duda de que exista porque Cristo lo destruyó al morir en la cruz... ambos cuentan con el reconocimiento del cardenal Norberto Rivera como exorcistas de la Arquidiócesis de México, pero su contraste de ideas acerca de la existencia de Satanás los lleva a tratar de forma muy diferente los supuestos casos de posesión demoniaca”.

El sacerdote Pedro Mendoza, en calidad de coordinador, ha intentado minimizar este hecho al señalar que el padre Boluda Pérez cree en Satanás conforme a la doctrina de la Iglesia católica, pero recurre frecuentemente a especialistas en psicología o psiquiatría para establecer un diagnóstico preciso del paciente.

Aunado a ello, Mendoza afirma que cada vez son más las personas que padecen problemas espirituales de este tipo a causa del esoterismo, brujería, darketismo, *New Age* y otras prácticas, lo que ha provocado un

incremento en la demanda de servicios espirituales o de liberación, “que recaen sobre unos cuantos sacerdotes”.

Tan sólo la parroquia de San Juan de los Lagos, en la delegación Miguel Hidalgo, a cargo del sacerdote José Jil Portilla, exorcista de la segunda zona pastoral, recibe semanalmente entre 50 y 60 casos, es decir, más de dos mil al año.

Una cantidad similar atiende el exorcista español Pedro Sánchez Acosta, de la Parroquia de los Santos Reyes en el Peñón de los Baños, mientras que el exorcista que menos “fieles atormentados” recibe es el de la octava zona pastoral, la más alejada del centro de la ciudad de México, quien calcula entre 900 y mil personas.

Otro de los graves problemas que enfrenta la Arquidiócesis de México respecto a la Pastoral de Liberación es la falta de preparación de los sacerdotes, situación que los ha convertido en “exorcistas improvisados, de tal suerte que muchas veces no saben distinguir entre una enfermedad mental y una influencia demoniaca.

“En este terreno se cae muy fácilmente en los extremos: la credulidad y la incredulidad. El pecado del exorcista incrédulo es que a todo le va a dar una explicación psicológica o parapsicológica. El crédulo, en cambio, por todas partes ve al demonio, de modo que si te duele una pierna, te va a decir: *es que ahí traes metido al diablo*”, señaló el padre Mendoza a la revista *Proceso* en el 2005.

“El problema en México es que no tenemos preparación –dijo entonces al periodista Rodrigo Vera– y es por eso que cada quien se las ingenia como puede cuando se le presentan estos casos (...) la mayoría somos exorcistas improvisados, pues en los seminarios se nos enseñan materias como Teología moral, Teología dogmática, Mística, Ascética, Derecho canónico o Liturgia, pero jamás se nos prepara para echar fuera al demonio”.

Asimismo, las herramientas con que cuentan los siete exorcistas en la capital son escasas: además del *Ritual de Exorcismo* en latín (ya que la Conferencia del Episcopado Mexicano no ha terminado de traducirlo al castellano), y de los libros escritos por exorcistas de talla internacional como Corrado Balducci, René Laurentin, Gabrielle Amorth y José Antonio Fortea, el único material elaborado hasta el momento en la Arquidiócesis de México es un libro de 111 páginas, titulado *Exorcismos en el siglo XXI, formación básica para sacerdotes y laicos*, escrito por Jesús Yáñez Rivera en el año 2000, quien entonces era alumno de la Universidad Pontificia de México. El otro material consiste en un pequeño folleto titulado *Tu problema necesita de liberación*, de menos de 50 páginas, escrito por el padre exorcista José Jil Portilla.

El panorama tan complicado ha hecho afirmar a Pedro Mendoza que la noticia no es el hecho de que aún se realicen exorcismos en pleno siglo XXI, sino el escepticismo que priva en la mayoría de los sacerdotes, lo cual ha llevado a que sean los laicos quienes más trabajen en la Pastoral de Liberación, principalmente los de la Renovación Carismática, uno de los movimientos más controvertidos oficialmente reconocido por la Iglesia.

En opinión del sacerdote, el crecimiento acelerado y desmedido de este tipo de grupos o comunidades, ha provocado en los últimos años una serie de abusos a las normas establecidas para esta pastoral, ante la obstinación de gente común de querer “expulsar demonios”, tarea reservada a los obispos o los sacerdotes nombrados ex profeso.

“El campo de acción de los laicos no es el de los exorcismos, sino el de la Pastoral de Sanación, que consiste en orar por las personas que tienen problemas emocionales o psíquicos, resentimientos, rencores, odios o están enfermas”, explica.

El exorcista también considera que la intrusión de estos grupos en la Pastoral de Liberación “ha provocado una gran confusión entre los fieles, pues muchos de ellos se creen poseídos cuando en realidad se trata de simples enfermedades o padecimientos de orden natural”.

Situación tan preocupante llevó a que las autoridades eclesiales replantearan hace algunos años el papel de la Coordinación General de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu Santo, como un organismo responsable de regular, pero sobre todo de instruir a las comunidades que trabajan bajo este particular carisma en la ciudad de México.

Este organismo ha logrado reunir a la fecha poco más de un centenar de grupos “carismáticos”, aunque, según su coordinadora, María Luisa Vela Guerrero, actualmente una cantidad similar, o quizás mayor, trabaja en las parroquias del Distrito Federal sin ningún tipo de control institucional y muchas veces al margen de su párroco.

Vela Guerrero reconoce que se han cometido algunos abusos, pero rechaza que esta situación sea generalizada, pues por lo regular éstos provienen de grupos pequeños que no han querido adherirse a la Renovación Arquidiocesana y que trabajan por su cuenta sin ningún tipo de formación.

“En ocasiones se cambian de nombre y eso dificulta aún más la tarea de detectarlos. La mayoría de las veces se presentan como grupos de oración o de evangelización, con la finalidad de no ser identificados como de la Renovación”, explica.

Coordinadora general del movimiento desde agosto de 2006, María Luisa Vela recuerda una trágica experiencia en la que estuvo involucrado uno de estos “grupos irregulares”.

Había concluido el Encuentro Nacional de Jóvenes en el Espíritu Santo 2006 (ENJES) en la ciudad de Querétaro, cuando recibió la llamada de una

compañera que, intrigada, pedía saber más sobre la posesión de un chico que viajaba en uno de los 18 camiones que transportaban a los más de 700 jóvenes de la Arquidiócesis de México que habían participado en el evento.

“Pensé que se trataba de una confusión, hasta que comencé a recibir otras llamadas en el mismo sentido. Una de ellas realmente me preocupó”, recuerda.

La Coordinación General se dio a la tarea de investigar y descubrió que se trataba de un camión más, que también había salido de la ciudad de México, “el autobús 19”, con 41 jóvenes pertenecientes a una parroquia de la delegación Xochimilco, quienes habían decidido acudir al encuentro sin ningún tipo de preparación y sin estar adheridos al movimiento.

Explica María Luisa Vela que uno de los chicos que viajaban en ese camión había tenido años atrás una fuerte experiencia con la ouija y con cuestiones de brujería, situación que, “con las oraciones, las alabanzas y la efusión del Espíritu Santo, que se da en ese tipo de encuentros, terminó por revertirse”.

De regreso al Distrito Federal, el joven empezó a hablar de forma extraña y a manifestar una fuerza que superaba sus cualidades físicas, “pero eso no fue lo más grave –continúa–, sino que una histeria colectiva provocó que la mitad de las personas que viajaban en el autobús quedaran contagiadas, de tal forma que gritaban, se golpeaban y se azotaban contra las ventanas del camión”.

El chofer de otro autobús que pasaba cerca se percató del caos y se detuvo para auxiliarlos. En él viajaban varios seminaristas que también habían participado en el ENJES y quienes finalmente lograron controlar la situación. Ya en la ciudad de México, el padre Jaime Ávila, exorcista de la octava zona pastoral, ofició una celebración para liberar a todos aquellos jóvenes.

Patricia Sumano Quiroz, coordinadora de Enseñanza de la Renovación Arquidiocesana, asegura que existen grupos cuya mala fama le ha hecho un flaco favor a la Renovación Carismática. Su rechazo al magisterio de la Iglesia y el deseo de apropiarse de terrenos espirituales que sólo competen a los exorcistas, les ha valido la expulsión de la institución o su desintegración.

Sumano cita a la comunidad Monte María, cuyo dirigente, afecto a las expulsiones demoniacas, comenzó a hacerse acompañar por pastores pentecostales, secta protestante, hasta apartarse completamente de la Iglesia católica.

“La comunidad de Santa Cruz del Pedregal preparaba abiertamente a personas en la Pastoral de Liberación. Las autoridades eclesiales se percataron de ello y la desintegraron. Este grupo llegaba a reunir de 500 a mil personas en una asamblea. Algo similar ocurrió con la del Altillo, aunque la diferencia fue que ésta se desintegró para formar nuevas células que continúan vivas”, explica.

Casos interesantes son también los de las comunidades llamadas *Anawin* (los pobres de Dios) y San Pedro Apóstol en San Fernando. La primera de ellas se convirtió incluso en el terror de los propios grupos “carismáticos” por su marcada falta de obediencia a las autoridades eclesiales, mientras que la segunda se extinguió paulatinamente por insuficiencia de miembros.

Patricia Sumano asegura que los grupos actuales, al menos los que están registrados en la Renovación Arquidiocesana, tienen claro que su ámbito de acción es el de la Pastoral de Sanación, aunque en ocasiones es inevitable participar en algunos casos de liberaciones demoniacas, “pues aunque son raras, se llegan a presentar cuando en la asamblea se realiza la oración de efusión del Espíritu Santo, en el marco de la oración de sanación. Alguien tiene que entrarle al quite si no hay ningún sacerdote”.

Cuenta el caso de una joven que, durante un retiro espiritual, comenzó a retorcerse y actuar extraño, por lo que ella y un grupo de compañeras se vieron en la necesidad de colocarle sobre su cuerpo una Biblia y un rosario, y comenzaron a orar. “La mujer se quejaba de que ambos objetos le quemaban”, dice.

“De pronto una ráfaga de viento cruzó por la habitación en la que nos encontrábamos y luego se cerró fuertemente la puerta. Sólo entonces dimos por hecho que el demonio se había ido”, afirma.

Convencida de que la Renovación Carismática Católica en el Espíritu Santo es producto de los frutos del Concilio Vaticano II, la coordinadora general, María Luisa Vela, no tiene empacho en afirmar que este movimiento podría ser una solución ante la falta de sacerdotes interesados en la Pastoral de Liberación, “aunque para ello –admite– primero es necesario limpiar la imagen tan afectada ante las autoridades”.

Y no es para menos, cuando se cuenta la anécdota de que en una ocasión, un miembro de la Renovación Carismática se le acercó a un obispo auxiliar de la Arquidiócesis de México, y luego de extenderle una tarjeta con sus generales, lo invitó a acudir a su consultorio particular de forma por demás inusual.

“Cuando pueda, vaya a mi consultorio para sacarle todos los demonios que lleva dentro”, dijo el atrevido carismático e inmediatamente dio media vuelta ante la mirada atónita del Pastor, que no terminaba de dar crédito a lo que escuchaba... “todos los demonios que lleva dentro”.

El campo de batalla

Dos velas encendidas y a punto de agotarse iluminan la extensa sala construida con negruscas láminas de asbesto unidas entre sí por clavos y corcholatas oxidadas. En el centro se observa una mesa larga de madera ennegrecida sobre la que descansan unas cuantas hojas de papel y algunas tazas y jarras de plástico.

El viento sopla recio y la lluvia no amaina. El agua comienza a filtrarse por los huecos de las carcomidas láminas y la tierra, que hace las veces de piso, amenaza con convertirse en lodo.

Las lonas, rotuladas con el logotipo de doble “A” y que cubren los tres accesos, son insuficientes ante las heladas ráfagas de viento que bajan del Iztaccíhuatl y se cuelan inmisericordes hasta los huesos de quienes nos encontramos dentro de la sala.

– *Shut up*, dice una voz ronca, como de varón, que sale de una adolescente de 16 años que se halla de bruces en el suelo.

– En el nombre de Jesucristo, ¡sal de este cuerpo que no te pertenece!, le responde un hombre de edad avanzada, mientras restriega la espalda de la chica, como intentando orientar al demonio a encontrar una salida.

– ¡Chinga tu madre!, arremete la tétrica voz.

– Este cuerpo pertenece a Jesucristo, ¡te ordeno que salgas de él!

– Puto... puto... eres puto.

En torno de ellos nos hemos congregado alrededor de 12 personas atraídas por los gritos desgarradores de la joven, nos tomamos de las manos y en

conjunto invocamos el poder de Jesucristo y del Espíritu Santo. Nos mecemos al compás de las alabanzas.

Algunos saben lo que ocurre, pero otros no y sobre la marcha intentan comprender el sentido del tenebroso espectáculo... no pueden evitar temblar de miedo.

– Por Jesucristo, ¡sal de este cuerpo!, continúan las frases imperativas.

– ¡Noooooooooooo!

– ¡Sal! Este cuerpo es templo del Espíritu Santo y no te pertenece.

Las alabanzas se intensifican, la temperatura baja aún más y el ambiente se torna tenso, angustiante, hasta que de pronto, del interior de la chica, se desprende un sonido extraño, una especie de gemido liberador prolongado, que se apaga lentamente.

– ¡Ahhhhhhhhhhhhhh!

Entre varias personas levantan a la joven, le sacuden la tierra del rostro, le limpian la nariz, le acomodan el pelo y la ayudan a sentarse sobre una silla blanca de plástico. Comenzamos a abandonar el lugar y en un instante la sala vuelve a quedar vacía, ligeramente iluminada por las velas.

La chica descansa con los ojos cerrados y por momentos se lleva la mano izquierda a la nuca, mientras que con la mano derecha evita que la Biblia, que sostiene sobre sus piernas, se deslice y caiga al suelo...

Ésta es la descripción de un improvisado exorcismo realizado hace algunos años en una vieja hacienda abandonada del municipio de Chalco, en el Estado de México, donde cada semana se organizan experiencias espirituales para grupos de rehabilitación de alcohólicos, drogadictos o neuróticos, que por lo regular se rigen bajo los principios del “cuarto y quinto paso” de Alcohólicos Anónimos.

Sin embargo, escenas similares se viven todos los días, aunque con diferentes matices, en los templos u oratorios de algunas confesiones religiosas, como los llamados pentecostales; en clínicas particulares de ex miembros de la Renovación Carismática o congregaciones evangélicas, así como en pequeños cuartuchos atestados de imágenes religiosas y veladoras, donde los famosos brujos o chamanes se enfrentan a las fuerzas oscuras para liberar a las víctimas del demonio.

La Iglesia católica, en particular, pide que el exorcismo mayor o solemne se desarrolle en un lugar específico y dentro de una acción litúrgica (con orden y forma) establecida en el *Ritual de Exorcismo*, por lo que “todo lo que vaya en contra de éste, debe ser considerado como un grave abuso”.

Así piensa el padre Ricardo Valenzuela Pérez, responsable de la Pastoral Litúrgica de la Arquidiócesis de México, quien además reconoce que si bien ha sido complicado instruir a los organismos eclesiásticos para que salvaguarden el aspecto litúrgico y se ciñan al papel que les corresponde dentro del rito, la Iglesia no puede hacer absolutamente nada con aquellos “grupos ajenos a la institución, sobre todo cuando en ellos predomina una cultura sincrética”.

Maestro de ceremonias en la Catedral Metropolitana de México y en la Conferencia del Episcopado Mexicano, el padre Valenzuela considera que cuando este tipo de atropellos litúrgicos ocurren dentro de la Iglesia, es porque quien los comete desconoce el querer y la intención de la misma establecidos en los libros litúrgicos, aunque en el caso particular de los exorcismos, obedece a un desconocimiento de los lineamientos establecidos en 1999 por la Congregación Pontificia para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos en el “nuevo ritual”.

Traducido del latín al castellano hasta ahora sólo por la Conferencia del Episcopado Español, el *Ritual de Exorcismo* de 1999 ordena a los

sacerdotes que el rito se lleve a cabo de preferencia en un oratorio donde se destaquen dos imágenes: un crucifijo y la Virgen María, así como evitar que se convierta en un espectáculo para los presentes.

“De ningún modo –aclara categórico el documento– se debe dar espacio a los medios de comunicación mientras éste se realiza, como tampoco corresponde divulgar la noticia antes o después de llevarlo a cabo, pues debe guardarse la debida discreción”.

“El sacerdote exorcista –agrega Valenzuela– puede, no obstante, admitir en un momento dado a un grupo selecto de personas, cuyo objetivo será orar con empeño por el hermano atormentado, ya sea de manera privada o uniéndose al rito, pero siempre absteniéndose de pronunciar cualquier fórmula de exorcismo”.

La Iglesia católica exige a los exorcistas ceñirse puntualmente a la estructura del exorcismo mayor cuando éste sea necesario. Así, dentro del rito solemne, descrito de forma detallada en el *Ritual*, se pueden apreciar tres momentos importantes:

El primero de ellos es la bendición del agua que, mezclada con un poco de sal, el sacerdote rocía con el hisopo sobre el lugar, el atormentado y los presentes, a quienes les recuerda su pertenencia a Dios por medio del Bautismo, sacramento que tiene como objetivo salvar al hombre del pecado original para entrar al Reino de los Cielos.

Algunos exorcistas afirman que éste constituye un momento clave por las consecuencias que puede provocar el agua bendita al contacto con el cuerpo de la persona que sufre el tormento; aseguran que algunos demonios no logran resistir al “castigo” que ejerce lo sagrado sobre ellos y terminan por abandonar el cuerpo del poseso.

Otro momento importante dentro del rito es cuando los presentes, presididos por el exorcista, realizan unidos una larga petición de intercesión a todo un ejército celestial conformado por 31 santos específicos, a los que se suman la Virgen María, los ángeles y los arcángeles, los santos patriarcas y profetas, los mártires de la Iglesia católica y “todos los santos y santas de Dios”; acto seguido, el sacerdote impone las manos sobre el atormentado e invoca el poder del Espíritu Santo para que el demonio salga de éste; sopla también sobre su rostro mientras implora a Dios para que, “con el Espíritu de su boca, expulse a los espíritus malignos”.

El tercero y último momento es quizás el más impresionante para quienes presencian este tipo de rituales, pues es justo cuando el sacerdote ordena al poseso que renuncie a Satanás, a sus obras y al pecado, y coloca con autoridad el crucifijo delante de él; después traza sobre su rostro la señal de la cruz y comienza a pronunciar las fórmulas deprecativas e imperativas del exorcismo mayor.

Algunos exorcistas han señalado que es justo en este momento cuando el sacerdote inicia un áspero diálogo con el demonio; le pide que diga su nombre; le recuerda que no es más que una criatura; le hace ver su condena eterna; y finalmente le exige, en nombre de Jesucristo, que abandone el cuerpo del fiel atormentado.

El *Ritual* pide también que todo exorcismo mayor concluya con una acción de gracias del sacerdote por la liberación recibida de Dios; acto al que se deben sumar el fiel recién liberado, su familia y el equipo de fieles de apoyo al sacerdote.

De acuerdo con la Coordinación General de Exorcistas, en la ciudad de México jamás se ha realizado un exorcismo mayor, por dos razones concretas: porque la Conferencia del Episcopado Mexicano no ha

concluido la traducción del latín al español del *Ritual de Exorcismo*, pero sobre todo, porque nunca se ha registrado un caso de verdadera posesión demoniaca que obligue a recurrir al mismo.

El padre Pedro Mendoza, coordinador general de este organismo arquidiocesano, afirma que algunos sacerdotes suelen asegurar que han realizado cientos de exorcismos mayores, pero con ello, lo único que hacen es demostrar que son incapaces de distinguir entre una simple influencia demoniaca y una auténtica posesión, toda vez que “estas últimas son extremadamente raras en el mundo”, afirma.

Antonio Palacios, asistente personal de uno de los siete exorcistas de la Arquidiócesis de México, dista de asumir la misma opinión de Mendoza Pantoja y asegura que el sacerdote José Jil Portilla ha tenido por lo menos cuatro casos de verdadera posesión, de un total de más de ocho mil personas atendidas a partir de su nombramiento como exorcista en 1998.

En este sentido, Palacios, quien forma parte del equipo de laicos de auxilio al exorcista, considera que la falta de una traducción oficial del nuevo ritual por parte del Episcopado Mexicano, ha sido un impedimento para el óptimo desempeño de este ministerio, situación que se ha tenido que subsanar con el *Manuale Exorcismorum* del siglo XVII, el de León XIII del siglo XIX, e incluso con una traducción no oficial del *Ritual de Exorcismo* elaborada por uno de los exorcistas eméritos de la Arquidiócesis.

Explica que los exorcismos mayores, algunos de los cuales se han llevado hasta tres o cuatro sesiones, se han realizado en el interior de la Parroquia de San Juan de los Lagos, ubicada en la delegación Miguel Hidalgo, conforme a los lineamientos establecidos por la Iglesia en cuanto a signos, símbolos y oraciones. Asegura también que en todos ellos ha participado un equipo de laicos de auxilio al exorcista, conformado por una veintena de

individuos entre los que destacan un psiquiatra, dos doctores y dos enfermeras.

La documentación en torno de estos cuatro casos de posesión y del respectivo exorcismo se ha mantenido en secreto durante años y por ninguna circunstancia los nombres de las personas involucradas han salido a la luz pública; no obstante, Antonio Palacios revela que dos de estos casos tuvieron su origen en la consagración directa a Satanás y uno más por haber realizado un juramento dentro de la masonería.

El caso más impactante, según el colaborador de Jil Portilla, es el de un joven que fue consagrado desde pequeño a Satanás.

“Tenía una voz masculina bastante grave, que de pronto comenzó a cambiar hasta hacerse increíblemente aguda, como de soprano; durante el rito, se trepó a una silla y se enroscó a manera de gato; su cuerpo empezó a despedir un aroma desagradable característico de la posesión, que es parecido al de un huevo podrido, pero mucho más penetrante”, narra.

–¿El demonio dijo su nombre?

–Casi siempre lo dan, pero éste no era un demonio.

–¿Qué era entonces?

–Una bruja...

Pero éstos no han sido los únicos casos ocurridos en la ciudad de México: el padre Jaime Ávila, exorcista de la octava zona pastoral, asegura haber enfrentado también un caso de genuina posesión, aunque se niega a dar detalles del mismo por respeto a la dignidad de la persona. “Fue un caso que tuvimos que tratar por separado y con mucha discreción”, asegura.

De acuerdo con la Asociación Internacional de Exorcistas, menos del uno por ciento de las personas atormentadas por el demonio llegan a una verdadera posesión. Por esta razón, en caso de que la Coordinación General

de Exorcistas avale la documentación de los casos referidos, se estaría hablando de manera oficial de por lo menos cuatro o cinco auténticas posesiones en la capital del país, a lo largo de los últimos nueve años; poco que ver con el prudente balance inicial del Coordinador de los Exorcistas.

Las armas sagradas

La película de *El Exorcista*, clásico del cine de terror dirigida por William Friedkin y basada en la novela del mismo nombre escrita por William Peter Blatty, muestra al experimentado sacerdote Lankester Merrin vestido con sotana, sobrepelliz y una estola púrpura al momento de entrar en la tétrica alcoba de la posesa Regan McNeil.

Antes de iniciar el exorcismo, en medio de una bruma blanquecina, el anciano sacerdote coloca cuidadosamente un crucifijo y un pequeño recipiente con agua bendita encima del buró. Levanta su mano derecha y traza la señal de la cruz sobre el padre Damian Karras, la niña Regan (quien lo observa con odio desafiante) y sobre él mismo. Comienza entonces el rito según el *Gran Exorcismo* del siglo XVII del papa Pablo V.

La Iglesia católica exige a los exorcistas presidir el rito de exorcismo ataviados con los ornamentos adecuados que, según la costumbre y como muestra la película de Friedkin, es el alba o el sobrepelliz sobre la sotana, y la estola morada.

La sotana es el símbolo emblemático del sacerdocio, mientras que el alba, que es una especie de túnica blanca que cubre desde el cuello hasta los tobillos, y el sobrepelliz, que a su vez es una adaptación de esta última, simbolizan la pureza del alma en la que debe perseverar el clérigo.

En el exorcismo, la estola es la vestidura de mayor significado. La palabra proviene del griego *stolé*, que significa vestidura larga, y es una banda de tela que se coloca sobre los hombros y la espalda del sacerdote, de modo que cuelga por delante en sus dos extremos. Este ornamento representa la función y la potestad sacerdotal, y el exorcista la utiliza de color púrpura para simbolizar la penitencia que habrá de experimentar el poseso.

En la misma cinta, el padre Merrin, al igual que muchos exorcistas actuales, entre ellos el italiano Gabriele Amorth, toma uno de los extremos de la estola y lo coloca en la espalda de Regan antes de imponer su mano derecha sobre la cabeza y exigir la salida del “espíritu hostil”. Sobre la estola, la niña McNeil, papel interpretado por la actriz Linda Blair, deposita un abundante y espeso vómito verde.

El sacerdote Pedro Mendoza Pantoja, coordinador de Exorcistas, asegura que se tiene conocimiento de algunos casos en los que las personas llegan a expulsar por la boca gruesas bolas de pelo u objetos punzocortantes como clavos o vidrios. Ello, como consecuencia de haber sido víctimas de algún maleficio.

Dentro de los símbolos sagrados, el crucifijo es el de mayor importancia. Su presencia en el oratorio –según el *Ritual de Exorcismo*– es fuente de gracia y bendición, y le recuerda al demonio la potestad de Cristo sobre él. En un momento específico del rito, el exorcista busca que el poseso mire de frente al crucifijo, al tiempo que lanza con autoridad las fórmulas imperativas para conjurar la presencia del maligno.

Si bien el *Ritual* sólo pide ubicar el crucifijo frente al fiel atormentado para que éste lo observe, algunos sacerdotes van más allá y lo colocan sobre el cuerpo de la persona, le ordenan que lo bese e incluso que se hinque ante él.

Otro símbolo sagrado es el agua bendita, que tiene un profundo significado para la fe católica, ya que según la doctrina de la Iglesia, por el agua del Bautismo el ser humano recibe la vida divina y deja de ser simple criatura para convertirse en hijo de Dios.

Al inicio del rito, el agua bendita se asperge sobre el poseso para recordarle sus compromisos bautismales, pero también como medio para recibir la bendición y protección de Dios.

La sal y el aceite juegan un papel fundamental en el rito del exorcismo: la sal se agrega al agua como un gesto que recuerda al profeta Eliseo, quien, según el Antiguo Testamento, arrojó, por orden de Dios, sal al agua para hacerla fecunda, y con el aceite consagrado se unge al fiel atormentado como signo de la ayuda, fuerza y protección de Dios para luchar contra el mal.

Sobre las imágenes sagradas, el *Ritual de Exorcismo* pide que, además del crucifijo, se destaque la imagen de la Virgen María, como principal intercesora de los hombres ante su hijo Jesucristo. Algunos exorcistas suelen agregar a éstas las imágenes de San Miguel Arcángel, San Benito y San Jorge.

San Miguel suele ocupar un lugar especial en el oratorio, toda vez que, según la tradición de la Iglesia, fue este ángel el que derrotó a Satanás y a sus huestes, arrojándolas del cielo.

En el siglo XIX, el papa León XIII escribió una oración de exorcismo que ordenó distribuir en todas las diócesis del mundo, luego de tener una visión en la que Satanás y sus secuaces acometían contra la Iglesia. La oración, a la que algunos sacerdotes aún recurren, implora de forma particular el auxilio de San Miguel Arcángel.

La imagen de San Benito, monje que según la tradición cristiana luchó cuerpo a cuerpo con el demonio, está presente a través de una medalla que acostumbran utilizar los exorcistas como blindaje espiritual debajo de la estola, mientras que la de San Jorge suele usarse principalmente en Europa. La relación de este último santo con las fuerzas oscuras se debe a una antigua leyenda que lo presenta como el soldado que venció al dragón que tenía aterrorizada a una población situada al norte de África.

Según el periodista del diario *El Mundo*, José Manuel Vidal, quien fuera testigo de un exorcismo realizado por el padre José Antonio Fortea, al

escuchar el nombre de San Jorge, Marta, la joven poseída, “grita, bufa, pone los ojos totalmente en blanco, arquea el cuerpo y se levanta un palmo de la colchoneta”.

El nombre de este santo aparece nuevamente en la crónica, cuando el sacerdote Fortea abandona por unos instantes la capilla y María, la madre de la posesa, coge las riendas del rito y repite las mismas o parecidas frases del exorcista español.

“No obstante –dice Vidal– una equivocación de María, al decir “Sal, San Jorge”, en lugar de “Ven, San Jorge”, fue tomada al vuelo por el demonio Zabulón, quien sonriente y con sorna, repitió: “Sal, San Jorge”.

Sin embargo, por encima de todos los símbolos y objetos sagrados que sirven de armas a los exorcistas para ejercer su ministerio, se ubican dos sacramentos que administra la Iglesia y que han sido calificados por los expertos como infalibles en el combate contra el demonio: el de la Reconciliación (conocido como la Confesión) y el de la Eucaristía.

De acuerdo con el padre neoleonés Ernesto María Caro, uno de los exorcistas más reconocidos de México, cualquier sacerdote, antes de intentar algún tipo de liberación, tiene la obligación de buscar un primer encuentro con el fiel atormentado en el sacramento de la Reconciliación “porque en ese momento el sacerdote cuenta con la palabra, el discernimiento y el poder de Cristo para indagar en su alma”.

La Eucaristía representa, no obstante, el “arma” más apreciada por los exorcistas. Eucaristía es el nombre con el que se designa a la hostia consagrada que para la fe católica representa a Jesucristo vivo en su cuerpo y en su sangre.

Ernesto Caro recuerda una ocasión en que oraba por la liberación de tres personas, una de las cuales “era fuertemente atormentada por el demonio”.

Cuando parecía que el espíritu maligno había cedido, pues no manifestaba ninguna reacción con la oración ni con la imposición de manos del sacerdote, el exorcista tomó el Santísimo Sacramento (la hostia consagrada protegida con una custodia de metal) y pidió a las personas que lo besaran y le dijeran: “Señor te amo y te amaré toda la vida”, como una última prueba antes de confirmar la liberación.

“En ese momento –dice– otra de las personas que no había manifestado ninguna influencia diabólica, retrocedió y comenzó a mover la cabeza en señal de rechazo. Pedí entonces a los presentes que intensificaran la oración, pues era obvio que la persona hacía todo lo posible por zafarse de las ataduras del demonio.

“De pronto se desplomó y cuando la levantamos, entonces sí pudo decir: Tú eres mi Señor y lo serás toda la vida. Lloró y besó el Santísimo Sacramento”, concluye.

Muchos sacerdotes exorcistas coinciden en que cuando una persona está influenciada o poseída por el demonio, el maligno le impide incluso pararse de su lugar para recibir la hostia consagrada en misa.

Para el sacerdote José Jil Portilla, exorcista de la segunda zona pastoral de la Arquidiócesis de México, una de las mejores armas ante las influencias y posesiones demoniacas es sin duda la prevención, es decir, el rechazo a todas aquellas prácticas malignas “que dan oportunidad al demonio de atormentar a la persona que las realiza”.

Autor del folleto *Tu problema necesita de liberación*, el exorcista asegura que actualmente muchas personas creen en la buena suerte y quieren evitar el sufrimiento de manera mágica, pero como “toda magia proviene del maligno, ésta abre las puertas para que el demonio las atormente”, principalmente cuando la persona ha descuidado su vida espiritual.

Entre las principales “prácticas malignas” están las adivinatorias: las lecturas de horóscopos, mano, café, arena, péndulos, caracoles, bolas de cristal, así como querer obtener información a través de la ouija (sea en tabla o por computadora) o mediante el juego conocido popularmente como “Cleo”, estructurado con lápices y tijeras.

Las limpias de diversa índole ocupan el segundo sitio en importancia dentro de este tipo de acciones. Jil Portilla advierte de aquellas que se realizan en templos espiritistas o espiritualistas; las que se practican sobre casas, negocios o cualquier otro lugar, así como de las prácticas orientales que pretenden la purificación del individuo o la apertura de chakras, que según el hinduismo y algunas culturas asiáticas, son puntos de energía situados en el cuerpo humano que pueden ser manipulados para obtener la armonía espiritual. “Están también los baños con flores, con especias, hierbas e incluso con sangre con el fin de obtener la buena suerte”.

El exorcista afirma que el hecho de realizar maldiciones, maleficios o embrujos sobre una persona, así como solicitar “trabajitos” para alejar o retener el amor de la pareja, son acciones que también pueden abrir las puertas al demonio, lo mismo que los ritos satánicos, las misas negras, los pactos de sangre, las consagraciones al maligno y todo lo que tenga que ver con él: música, signos, carteles, ropa y las modas dark y punk.

José Jil Portilla está convencido de que los amuletos pueden ser, de igual forma, una llave de entrada al maligno, “aunque muchas veces estén acompañados de imágenes o signos cristianos, como los ojos de venado, colgajos de ajos, herraduras, sábilas, limones, patas de conejo, los borregos de la buena suerte e incluso las pulseras *curativas*”.

Algunas disciplinas físico-mentales, principalmente asiáticas, destinadas a conseguir la perfección espiritual y la unión con lo absoluto, también

pueden ser “peligrosas”: el feng shui, el yoga, la concentración mental, los viajes astrales, la dianética y el *New Age*, entre muchas otras.

El sacerdote enlista además una serie de ídolos a los que una gran cantidad de católicos suelen ofrecer alimento para obtener ciertos favores, como a los ángeles o a San Martín Caballero, así como otros “juguetes que representan personajes satánicos: santa muerte, trolls, gnomos, duendes, hadas, elfos, cheneques y demás.

“Si alguna persona ha caído en este tipo de prácticas –concluye el sacerdote, cuya fama ha trascendido las fronteras continentales– debe renunciar a éstas y desligarse de todo lo que tenga relación con ellas, para lo cual es necesario eliminar aquellos elementos recibidos de brujos, santeros, curanderos o espiritistas, así como amuletos, libros, juegos de adivinación e imágenes, rociándolos con agua bendita y pidiendo a Dios que los proteja de la venganza del enemigo antes de arrojarlos a la basura”. Todo esto... antes de que sea demasiado tarde.

A manera de conclusión

El exorcismo es una realidad innegable en cuanto que es un acto que realiza la Iglesia católica para pedir, en nombre de Jesucristo, que una persona o cosa sea protegida del Maligno o sustraída de su dominio. Es una práctica que tiene como punto de partida la fe de la Iglesia que cree de manera vehemente en la existencia de algunos ángeles que, por envidia a su Creador, fueron condenados al abismo.

En los círculos escépticos, los exorcismos suelen ser materia de debate por dos razones fundamentales: porque tal acción puede fomentar en los fieles católicos la superstición y la ignorancia, pero, sobre todo, porque éstos se realizan bajo un principio que no ha sido demostrado de manera tangible: la existencia de un ser personal llamado Satanás, figura que, no obstante, ha encontrado importantes coincidencias en las mitologías de las culturas mesopotámicas.

Resulta indiscutible que, en pleno siglo XXI, los exorcismos son una práctica vigente en la religión católica, que, sin embargo, ha tenido que lidiar con un ambiente hostil, marcado por un intenso escepticismo que ha alcanzado niveles considerables.

Ha contribuido a esta situación la inusual apertura del *Ritual de Exorcismo* de 1999 a las ciencias médicas, que ha limitado seriamente el ministerio de los exorcistas, en virtud de la obligatoriedad de recurrir a diferentes disciplinas antes de diagnosticar una afectación demoniaca en algún fiel.

Se añade a lo anterior los avances en materia de psicología, psiquiatría y psicoanálisis, que han arrojado importantes pistas sobre los inexplicables fenómenos extraordinarios que acompañan a este tipo de casos, que, según

especialistas en enfermedades mentales y los propios sacerdotes, cada vez son más frecuentes.

El esfuerzo de la Iglesia católica por conservar esta práctica milenaria también ha encontrado serios obstáculos al interior de la institución, donde actualmente dos ideologías antagónicas pugnan por establecer sus propios conceptos del mal: mientras algunos grupos modernistas pretenden reducir a Satanás a una simple metáfora de la maldad, teoría que tomó fuerza a partir de 1970, otros se empeñan en recuperar el primitivo concepto del Maligno, a quien no dudan en señalar como el principal responsable de tan severa crisis de incredulidad clerical.

En tanto, esta turbulencia en la barca de Pedro ha sido aprovechada por algunos grupos laicales, que buscan ser a cualquier precio los protagonistas de una “revolución espiritual en México”, incluso a costa de su expulsión de la Iglesia católica, cuyas autoridades procuran, por todos los medios posibles, recuperar el terreno perdido antes de que se presente una situación con tintes medievales.

Este panorama general de los exorcismos en la Arquidiócesis Primada de México, que sin duda refleja la realidad que priva en otras latitudes del país y del mundo, es el resultado de una investigación documental y de campo presentada a manera de reportaje, donde la entrevista constituye la fuente principal de información respecto de los puntos más críticos del mismo: la existencia de Satanás, las auténticas posesiones, el escepticismo clerical y el papel de los laicos en los exorcismos; en tanto que la crónica facilita la atracción de los lectores en virtud de la peculiaridad del tipo de relato.

La extensión del texto, como una característica específica del trabajo académico, constituye una de las principales limitantes para la profundización de ciertos temas, que, no obstante, quedan en el tintero para trabajos posteriores, como son los alcances del dogma católico en torno de

los ángeles caídos; la personalidad del Anticristo; las profecías del fin del mundo; las innumerables representaciones artísticas del Príncipe de las tinieblas; el trasfondo y la repercusión actual de la Santa Inquisición; la figura mitológica de Satanás, así como los fenómenos de la Santa Muerte, el *New Age* y el esoterismo.

Por otra parte, todo trabajo periodístico debe provocar un cambio en la percepción de la realidad y éste no es la excepción, pues de la misma forma en que José Manuel Vidal, periodista de *El Mundo*, manifestó estar “confundido” tras presenciar un exorcismo en España, lo que generó un inusitado interés de la prensa hispana en este tipo de temas, la participación directa de un servidor en un exorcismo improvisado, publicado ya en la última parte de este reportaje, constituye un sencillo testimonio que, desde la óptica particular de quien escribe estas líneas, debe ser valorado para que el ejercicio periodístico supere los límites de los acontecimientos cotidianos y, con la mayor objetividad y equilibrio posibles, abarque realidades aún inexplicables en el mundo contemporáneo.

Aunque serán los propios lectores quienes tendrán a bien juzgar la actualidad, interés e imparcialidad de este trabajo periodístico, es, sin embargo, obligación del autor reconocer que el mayor de los retos al escribir un reportaje de esta naturaleza es la objetividad, que de ninguna manera es algo nuevo, toda vez que con frecuencia los medios de comunicación extravían este principio al publicar información relacionada con Dios, el diablo, los espíritus y el alma, que son sólo algunos de los conceptos que a lo largo de los años han dado pie al sensacionalismo.

En este tenor ha de reconocerse el tratamiento que en el año 2006 hizo de este tema la revista *Proceso*, cuyo periodismo serio y especializado sirvió de inspiración para la elaboración del presente reportaje, que no está exento

de carencias y limitaciones, pero que asienta un sencillo precedente para futuras investigaciones de índole periodístico.

Fuentes de consulta

Bibliográficas

Alonso, J. Felipe, *Diccionario de las ciencias ocultas*, España, Espasa, 1999, 1325 p.

Álvarez Valdés, Ariel, *¿Qué sabemos de la Biblia?*, Tomo IV, México, Fray Juan de Zumárraga A.R., 1997, 144 p.

Amorth, Gabriele, *Habla un exorcista*, España, Planeta, 1998, 214 p.

Bauer Johannes, B., *Diccionario de teología bíblica*, España, Herder, 1985, 1081 p.

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Ritual de Exorcismos*, Vaticano, 1999, 70 p.

Catecismo de la Iglesia Católica, México, Coeditores Católicos de México, 2004, 982 p.

Descouvemont, Pierre, *Guía de las dificultades de la fe católica*, España, Desclée de Brouwer, 1992, 719 p.

Fortea, José Antonio, *Tratado de demonología y manual de exorcistas*, España, Belacqua, 2002, 304 p.

Girard, René, *Veo a Satanás caer como un relámpago*, España, Anagrama, 2002, 249 p.

Haag, Herbert, *El Diablo, un fantasma*, España, Herder, 1973, 83 p.

Hall, James, *Diccionario de temas y símbolos artísticos*, España, Alianza, 2003, 313 p.

Jil Portilla, José, *Tu problema necesita liberación*, México, Arquidiócesis de México, 2003, 48 p.

Maza Enrique, *El Diablo, orígenes de un mito*, México, Océano, 1999, 111 p.

Papini, Giovanni, *El Diablo*, México, Porrúa, 2006, 315 p.

Yánez Rivera, Jesús, *Exorcismos en el siglo XXI*, México, Paulinas, 2000, 112 p.

Hemerográficas

Aries Paul. *De la magia al ejercicio oficial*, en *Proceso*, noviembre de 2005. págs. 48-50.

Esquivel Jesús. *Un buen negocio*, en *Proceso*, noviembre de 2005. págs. 37-37.

Ferrari, Giuseppe. *Sectas satánicas*, en *L'Osservatore Romano*, 24 de enero de 1997. 36 pp.

Mergier Anne Marie. *Instrumentos del miedo*, en *Proceso*, noviembre de 2005. págs. 8-11.

Mergier Anne Marie. *Rituales*, en *Proceso*, noviembre de 2005. págs. 46-48.

Mergier Anne Marie. *Los sacerdotes*, en *Proceso*, noviembre de 2005. págs. 20-23.

Mergier Anne Marie. *En el nombre de Satanás*, en *Proceso*, noviembre de 2005. págs. 26-32.

Revista Proceso, *Satán*, México, Esfuerzo, noviembre de 2005, 70 p.

Revista Internacional de Teología, *Satán, los demonios y el satanismo*, España, Concilium, 1975, 458 p.

Román del Real, Sergio Guillermo. *El Anticristo*, en *Desde la fe*, 4 de junio de 2006, págs. 3-4.

Vera, Rodrigo. *El Diablo gana terreno*, en *Proceso*, noviembre de 2005, págs. 70-73.

Vera, Rodrigo. *Manual para mexicanos*, en *Proceso*, noviembre de 2005, págs. 52-55.

Videográficas

Coordinación General de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, *I Congreso Arquidiocesano de Pastoral de Liberación y Pastoral de la Salud*, México, DF, 2004, 8°.

Coordinación General de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, *I Congreso Nacional de Exorcistas*, México, DF, 2005, No. 11.

Coordinación General de Exorcistas de la Arquidiócesis de México, *II Congreso Nacional de Exorcistas*, México, DF, 2006. No. 12.

Cibergráficas

Entrevista con Beatriz Comella, autora del libro *La inquisición española*, en www.churchforum.org.mx (4 de marzo de 2007).

Artículo de Erdely G., Jorge, *Sectas satánicas en México: clasificación*, en www.sectas.org (1 de abril de 2007).

Crónica de Vidal, Juan Manuel. Periodista de *El Mundo*. “El exorcismo que yo presencié (Parte I)”, en www.elmundo.es (7 de abril de 2007).

Crónica de Paredes, Javier. Periodista de Hispanidad.com. “El exorcismo que yo presencié (Parte II), en www.acidigital.com. (7 de abril de 2007).

Artículo de Embry, Alberto, *Sectas satánicas en Chile*, en www.sectas.org.ar. (7 de abril de 2007).

Artículo de Fortea, José Antonio, *El nombre de los demonios*, en www.fortea.us (28 de abril de 2007)

Fuentes vivas

Ávila Sánchez, Herminio Jaime. Exorcista de la Arquidiócesis de México. Entrevista realizada el 16 de mayo de 2007 en la ciudad de México.

Boluda Pérez, Francisco. Exorcista de la Arquidiócesis de México. Entrevista realizada el 16 de mayo de 2007 en la ciudad de México.

Corres Cadavieco, César. Especialista en Historia de la religión. Entrevista realizada el 17 de enero de 2007 en la ciudad de México.

Flores Ramos, Mario Ángel. Director de la Comisión de Cultura de la Arquidiócesis de México. Entrevista realizada el 16 de febrero de 2007, en la ciudad de México.

Guerrero Rosado, José Luis. Canónigo de la Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe. Entrevista realizada el 11 de mayo de 2007 en la ciudad de México.

Limón, Emma. Especialista en Demonología. Entrevista realizada el 27 de abril de 2007 en la ciudad de México.

Maldonado García, Enrique. Exorcista emérito de la Arquidiócesis de México. Entrevista realizada el 9 de febrero de 2007 en la ciudad de México.

Martínez Ávila, Salvador. Rector del Seminario Conciliar de México. Entrevista realizada el 12 de febrero de 2007, en la ciudad de México.

Mendoza Pantoja, Pedro. Coordinador de Exorcistas de la Arquidiócesis Primada de México. Entrevistas realizadas el 20 de abril y el 16 de mayo de 2007, en la ciudad de México.

Nava Bello, Martín. Profesor de Biblia en el Seminario Conciliar de México. Entrevista realizada el 18 de abril de 2007.

Palacios, Antonio. Asistente de exorcista en la Arquidiócesis de México. Entrevista realizada el 16 de mayo de 2007 en la ciudad de México.

Ruiz Castellanos, Armando. Director de la Comisión de Arte Sacro de la Arquidiócesis de México. Entrevista realizada el 2 de marzo de 2007 en la ciudad de México.

Tappan Merino, José Eduardo. Psicoanalista, profesor de la Universidad Iberoamericana. Entrevista realizada el 18 de mayo de 2007 en la ciudad de México.